





OBRAS COMPLETAS

DE

MISTRESS BENNET.

TOMO XIII.

ROSA,
Ó LA NIÑA MENDIGA
Y SUS BIENHECHORES.

ESCRITA EN INGLÉS
POR LA CÉLEBRE
MISTRESS BENNET:
TRADUCIDA AL CASTELLANO
POR
DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO IX.

MADRID.
Imprenta de Repullés.
1820.

Se hallará en las librerías de Escamilla *calle de Carretas*, y de Amposta *calle del Príncipe.*



ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA

Y SUS BIENHECHORES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Jamas en la naturaleza se habian visto dos entes menos semejantes, ni proprios para tratarse, que la sensible y virtuosa Lady Denningcourt y la Condesa de Gauntlet: pero despues de haber presentado al lector el cuadro de la astucia y duplicidad, cubiertas con la máscara mas seductora, descansará sin duda con placer su atencion sobre las dulces virtudes

de la muger respetable que vamos á pintarle.

El Duque de Athelano, su padre, vástago de las mas ilustres familias de la Escocia, desconsolado con la muerte de una esposa que amaba, y de un hijo adorado, habia exigido de su querida Eleonora se casase con el Conde de Denningcourt. El corazon de esta jóven, víctima de un dolor secreto, se habia estremecido al aspecto del enlace que se la proponia; pero ya despues de viuda, y conservando una dulce melancolía, Lady Denningcourt pasaba su vida en el retiro y soledad.

Mientras que habia durado su union con el hombre á quien no pudo rehusar su aprecio, ni conceder su amor, habia desempeñado todos los deberes de su estado con aquella noble generosidad y aquella

delicadeza , que pertenecen y son el placer de las almas de buena calidad y conciencia. Habiéndola dejado la muerte de su marido en libertad para entregarse sin reserva á aquella dulce y penetrante melancolía , que semejante á un velo magestuoso cubria su alma sin ocultar la belleza , la Condesa de Denningcourt salia raras veces de su retiro , y vivia adorada en medio de una gran porcion de personas agradecidas , que debian á su generosidad su bien estar y su felicidad.

El Conde de Denningcourt tenia un hijo único de su primer matrimonio , que era el Lord Vallerton , luego Lord Denningcourt , el seductor de la bella Katia , y aquel cuyas crueles indiferencias habian envenenado acaso para siempre la vida de la hija del virtuoso Mayor Buhanum. Desde la edad

de diez y ocho años, llevado su padre del imprudente pero excesivo cariño que tenia á este Lord Vallerton, le habia asegurado una renta considerable. El jóven Lord no gustaba del juego, pero tenia amigos que jugaban largo: amaba por principios é inclinacion las mugeres virtuosas, pero era entonces del gran tono que los jóvenes de su edad tratasen con otras de distinta clase; así es que él mantuvo algunas, quienes engañándole le hicieron contraer deudas: él tambien aborrecia la embriaguez, pero sus amigos bebian, y él bebió, porque al fin era preciso hacer como todos.

Milord ignoraba sus propias deudas hasta que se las hicieron ver sus acreedores. Su padre fue instruido de ello, le llamó, le hizo un largo sermon, y acabó como casi todos los padres pidiendo la cuenta y pagándolo todo.

El Mayordomo confesó que su amo debia veinte y dos mil libras esterlinas; y el jóven Lord se sorprendió al oirlo.

Nada da mas crédito que el deber y pagar las deudas: y así desde el dia siguiente el Lord Vallerton recobró su antiguo género de vida. Las deudas se acumulaban, los acreedores se hicieron molestos, el mayordomo tuvo nuevas cuentas que presentar, y el Conde, segun es costumbre, gritó mas que la primera vez, y pagó, aunque riñendo sobre semejante conducta.

El Lord Aaron Horsemagog, amigo íntimo del Lord Vallerton, y que tenia algunos años mas que él, habló con tal elocuencia de las carreras de caballos de New-Market, que el jóven sintió en su corazon un violento deseo de brillar en aquellas fiestas.

Era preciso comprar caballos : el Lord Aaron le vendió unos inapreciables; pero por una fatalidad inaudita ni uno solo llegó á ganar la menor apuesta. Entregado por indolencia y ociosidad al galanteo , al juego , á la gula , y á la costumbre de presentarse en las carreras de New-Market menos para brillar que para perder, sin tener gusto decidido por ninguna de aquellas locuras , jamas dichoso , y siempre como forzado , el jóven Vallerton acabó de consumar su ruina. Entonces su padre abrió los ojos , pero demasiado tarde : llamó al mayordomo , no riñó , pagó todo , revocó muchas substituciones , dió á su hijo por donacion *inter vivos* la quinta de Denningcourt , que segun ciertos arreglos de su familia era inagenable , le prohibió que se presentase á su vista , y le redujo á una pen-

sion anual bastante buena , pero pequeña para un hombre acostumbrado al gasto.

Ya era tiempo que el Conde de Denningcourt mirase por su casa; pues á pesar de sus muchos bienes, y de los que habia llevado al matrimonio la hija del Duque de Athelano, la ruina de su hijo hubiera ocasionado la suya. Ya habia pagado mas de cien mil libras esterlinas de deudas ademas de la pension de dos mil libras que tan imprudentemente le habia asignado desde la edad de diez y ocho años. Se retiró , pues , á su elegante casa de la aldea de Denningcourt, que debia ser la viudedad de su esposa : se dedicó á adornarla , hizo á su querida y respetable muger legataria universal , y se preparaba á disfrutar las dulzuras del reposo , cuando fue acometido de un violento ataque

de gota que en pocas horas le condujo al sepulcro. Llamó á su esposa estando ya en los últimos de su vida, la dió públicamente los mayores testimonios de su estimacion y afecto, la prohibió solemnemente que ínterin viviese se desprendiese de ninguno de sus bienes en favor del jóven Lord Denningcourt, y ni tampoco se los dejase á su muerte; á no ser que él se casase, y teniendo hijos, fruto de una union legítima y arreglada, conociese cuán dulce y doloroso es á un mismo tiempo el título de padre.

Nada mas noble, suntuoso y elegante que la actual morada de la virtuosa Condesa de Denningcourt. Tal vez las perspectivas de aquel sitio eran menos brillantes que las de Delwort-Housse, pero el conjunto presentaba gracia y harmonía.

La puerta principal dejaba ver

una escalera de mármol, situada al extremo de una columnata del órden corinthio, y los cuartos bajos estaban adornados con gran magnificencia.

Al través de las ventanas se veía un parque vastísimo; y despues un parterre delicioso, donde en tiestos de la China se habia colocado una porcion de flores extrangeras, cuyos áromas se mezclaban agradablemente con el canto de varios pájaros de distintas especies.

Rosa errante, abandonada y casi fugitiva se detuvo algunos instantes contemplando aquella morada de delicias, que en virtud de una reaccion irresistible sobre sí misma la pareció ser la mansion de la felicidad y de la paz. Vió una señora elegante y magestuosa, que con un libro en la mano se paseaba; y aunque Rosa

era sumamente medida en todas sus acciones, y que la naturaleza la habia dotado de un tacto finísimo, que se podia caracterizar nombrándole presentimiento de la justa etiqueta, se detuvo, y por un movimiento inexplicable é involuntario saludó respetuosamente á la dama, que habia fijado su atencion, aunque estaba cierta de no ser vista, y en seguida la estuvo mirando ínterin continuaba su camino. Bien pronto la vió entrar en un gabinete, donde se detuvo algun tiempo al lado de un hombre que escribia, y de allí pasó á otro cuarto, donde habia tres damas elegantemente vestidas, una templando un harpa, otra dibujando, y la tercera haciendo labor.

La misma persona se detuvo algunos instantes en conversacion con aquellas señoras. Su voz era dulce,

harmoniosa, y penetraba hasta el fondo del alma. En fin, pasó á otro cuarto, y entonces sus acentos tomaron un tono mas expresivo. Pareció dar consuelo á una persona afligida, que no respondia sino gimiendo. Rosa atenta no dejaba escapar ni una sílaba, y bien pronto vió á la dama salir enjugándose los ojos con su pañuelo. "¡Ah! exclamó dolorosamente Rosa, ¡cuán poco es dado á á los hombres juzgar sanamente por las apariencias! ¿Quién me hubiera hecho creer que esta morada encantadora pudiese encerrar amargos y crueles dolores?" Sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas, y continuó suspirando su camino.

Llegando enfrente de un retrete vió una jóven, cuya cabeza estaba lánguidamente apoyada en una almohada, que sostenia una muger de al-

guna edad sentada á su lado. Los ojos de la jóven estaban fijos en tierra : á sus pies habia una perrita: otras dos damas colocadas á alguna distancia parecia que hablaban para distraerla , y cerca de ella estaba un cordero muy adornado de cintas y flores.

"¡Ay Dios! dijo Rosa en su interior , ¿por qué gemirá esta jóven? Aquí es la morada de Lady Denningcourt , aquí donde su activa beneficencia dulcifica la desgracia de cuantos tienen la felicidad de estar á su lado ; y sin embargo yo no veo sino objetos de tristeza y amargura."

Este lastimoso espectáculo , unido á la situacion penosa en que estaba la alma de Rosa, la afectó tan vivamente que la acometió un violento ataque de nervios. En aquel instante la perra salió , y se fue hácia ella

ladrando. Rosa asustada cayó en el suelo dando un grito, que fue oido de las otras dâmas y del hombre que estaba escribiendo en la sala inmediata. Todas levantaron la vista, y corrieron á auxiliarla. No fue pequeña su sorpresa al ver una jóven adornada con un vestido negro ya usado, porque la pobre Rosa habia recobrado su modesto traje, devolviendo á Lady Gauntlet y á Mistress Woudbe sus magníficos regalos. La perra se precipitó sobre ella, y la lamia las manos y la cara. "Dido, Dido, aquí Dido," exclamó una voz de muger. Rosa quiso levantarse; pero la sobrevino nueva convulsion, y así no hacia mas que proferir algunas palabras interrumpidas, ínterin lloraba, y acariciaba á la perra. Una voz todavia mas debil repitió Dido, Dido. Los gritos y los suspiros de

Rosa se redoblaron ; las personas que llamaban á Dido se acercaron , y ya no se hizo caso de la fiel perra ; la jóven , á cuyos pies estaba echada, la habia seguido acompañada de una de sus criadas , y al punto que vió á Rosa hizo resonar el aire con sus gritos.

Toda la casa se puso en movimiento. Bien pronto los dolorosos acentos de la jóven fueron acompañados de sus pies : sus mejillas estaban pálidas y sus labios descoloridos. "¡*Ah, Rosa , mi Rosa , mi querida Rosa, cuánto he deseado este momento*!" y entonces nuestra bella fugitiva se halló en los brazos de su Eleonora, cuyas facciones la parecieron alteradas; pero á quien ni sus ojos , ni su corazon pudieron desconocer ni un solo instante. "Dios sea conmigo ," exclamó la criada de Eleonora , que

era Mistress Betty Brown : "ved aquí á Miss cerca de desmayarse, y nuestra oveja escarriada que vuelve al redil. ¿Cómo estais, Miss Rosa? ¿qué es eso? ¿no me conoceis? Sin embargo, á juzgar por vuestro vestido me parece que no os conviene tener orgullo. Yo por mi parte, Dios me perdone, me avergonzaria de presentarme en el cuarto de nuestro mayordomo con semejante trage."

El Duque de Athelano, que era quien escribia en el gabinete, habia hecho que una de las criadas de Lady Denningcourt fuese á llamar un médico, que residia en la quinta muy bien pagado.

Él hizo que Eleonora fuese llevada á su cuarto, y convidó á Rosa á que pasase al otro donde estaban las tres damas. "¿Dónde está Eleonora, mi querida Eleonora?" preguntó Ro-

sa con el acento del dolor y del mas tierno interés. El Doctor la ha prohibido que hable con nadie, respondió una de las damas, dirigiéndose á la Condesa de Lady Denningcourt. "¡Ah! interrumpió Rosa, el Doctor no sabe cuán queridas somos una para otra! Permitid, os suplico, que siga á la compañera, á la dulce compañera de mi infancia, la hermana de mi corazon, mi pobre Eleonora: su alma no está mudada como sus facciones." — "Miss, respondió con seriedad el Duque de Athelano, vos decis en eso demasiada verdad." Rosa enteramente absorta en la sensacion presente no veía, ni entendia nada de cuanto habia á su derredor.

"Yo creo, Miss, dijo una de las damas, que nos hemos visto en alguna parte."

Rosa levantó los ojos: pero cuál

fue su admiracion al reconocer á Lady Hopely, así como á las dos damas que la acompañaban en el baile de máscara de Mistress Woudbe, y en quienes, como ya hemos dicho, habia dejado impresiones tan poco favorables.

En cualquier otra circunstancia Rosa se hubiera intimidado de las miradas estúpidas y malignas de Miss Bruce, y del frio recibo de Lady Hopely; pero enteramente dedicada á su querida Eleonora, se dirigió con un aire de súplica á Lady Hopely, pidiéndola con aquel tono que jamas nace sino del corazon, que obtuviese para ella el permiso de ver á la tierna amiga que acababa de encontrar despues de tan larga separacion.

Lady Hopely se conmovió á vista de las lágrimas de Rosa; pero la memoria de cuanto de ella la habia

contado Miss Bruce se opuso á la natural inclinacion que tenia de favorecer á todos.

Miss Bruce tomó la palabra, y dirigiéndose á Rosa dijo: "vos sin duda os habeis olvidado de responder á lo que se os ha preguntado. ¿No sois vos quien vivis en casa de Mistress Woudbe?" Rosa se inclinó, y la otra continuó con un tono burlon: "el empleo es modesto, y no sin algun peligro."

Miss Angus, tan petulante como su compañera, pero de mejor natural, respondió con vivacidad: "¿Es verdad, Madama, que se prepara un gran baile matrimonial en Delworth-Housse?"

Rosa, que estaba sentada junto al Duque respondió que sí, inclinando segunda vez la cabeza.

"¡Oh!, dijo Miss Bruce, la fies-

ta será soberbia : iluminaciones de toda especie , baile campestre , y sin duda muchas personas con máscara," y apoyó la fuerza ingeniosamente en esta palabra mirando á Rosa. "Yo me admiro , dijo Miss Angus , de que Lady Gauntlet , ese modelo de perfeccion en todo género , pueda resistir el tédio de una soledad tan profunda." — "¿Reputais por nada su familia? replicó Miss Bruce , me parece que el Lord Delworth y el Mayor os han hecho demasiado la corte para suponer que puedan disipar el tedio de la vida campestre." — "Vos tendreis sin duda mucho que hacer en la quinta , interrumpió Lady Hopely mirando á Rosa , para esperar que podais dedicaros mucho tiempo á los cuidados que exigiria nuestra pobre enferma , aunque en este momento acabamos de saber que habeis am-

bas sido compañeras inseparables en vuestra infancia."

Ella se levantó acabando estas palabras, y salió con el Duque de Athelano, Miss Angus los siguió poco despues, y Rosa quedó sola expuesta á los pesados sarcasmos de Miss Bruce. "Yo quisiera saber, dijo ella volviendo la espalda, donde habeis conocido á Miss Athelano."— "¡Miss Athelano!" repitió Rosa, y se detuvo reflexionando repentínamente en un pasage de la carta que su querida Eleonora la habia escrito á Holy-Rood, é interiormente se felicitó de que Lady-Hopely no hubiese dicho nada que pudiese descubrir sus relaciones con la familia de Buhanum, no olvidando cuánto su amiga la habia recomendado en aquella misma carta, que jamas pronunciase aquel nombre delante de las personas que

podian tener alguna relacion con ella.

Miss Bruce tenia motivos particulares para aborrecer á Eleonora, porque secretamente se la destinaba para esposa del honorable Mr. Angus; pero en cuanto á Rosa no tenia otra causa que su belleza para aborrecerla.

"Y bien, señora, continuó ella, ¿no quereis decirnos dónde habeis conocido á Miss Athelano?" y despues dando una mirada curiosa sobre su viejo vestido, al modo que pudiera hacerlo la misma Betty, dijo: "es preciso que la fortuna la haya elevado mucho, ó á vos haya deprimido desde que no os veis la una á la otra." — "Hemos vivido en una misma escuela," respondió modestamente Rosa: — "¡Ah! sin duda en casa de una Mistress Harley, que nos rompe todos los dias la cabeza con sus

pesadas cartas, y que parece tan loca como su discípula." — "¡Loca! replicó Rosa conmovida: yo no creo haberos dado motivo para...." — "No hablo de vos, respondió Miss Bruce, aunque á la verdad no nos habeis dado pruebas de mucho talento acariciando á esa maldita perra, á quien aborrezco con mis cinco sentidos; y ciertamente no sé cómo Milady puede sufrir que esa maldita bestia esté siempre en el cuarto de Miss Athelano: nada puede probar mas el extravío de su razon que su ridículo cariño á semejante animal." — "¡Ah, señora! exclamó Rosa pálida, asustada, y casi sin respiracion, ¿qué decís de extravío de razon? ¿Será posible que mi querida Eleonora tenga la desgracia de...." — "Nada es mas cierto, respondió Miss Bruce encogiéndose de hombros; y aunque se

halla tan loca, sin embargo se la quiere hacer Duquesa; pero Mr. Angus tiene ojos, y sabe discernir de colores. Esa muchacha está bastante bien: se asegura que en otro tiempo tuvo un caracter igual y muy buen genio, por lo demas hay personas que prefieren todavia las piedras pulimentadas á los diamantes en bruto, y ciertamente (añadió frunciendo los labios) no se celebrará tal matrimonio. Mr. Angus está tan harto y fastidiado (cual debe estarlo) de su insignificante querida."

Rosa no pensaba en interrumpir esta charlatanería de Miss Bruce, la escuchaba con ansia, y cuanto decia eran otros tantos rayos de luz sobre su querida Eleonora y sobre la desgraciada Katthia.

Miss Bruce iba á proseguir cuando vinieron á decirla que la Conde-

sa de Denningcourt queria hablarla, y así se fue sin dignarse saludar á Rosa; y apenas la camarera que vino á llamarla habia cerrado la puerta, cuando Betty entró por el otro lado.

Rosa se levantó con viveza. Aun no habia perdido la memoria de su buena Betty, ni de los cuidados que la habia prodigado en sus primeros años. La excelencia de su corazon la hacia olvidar los defectos de la honrada compañera de su amigo John: y así abrió los brazos para enlazarlos alderredor de aquel cuello, donde tantas veces se habia colgado en su infancia. "¿Cómo estais, Mistress Rosa?" la dijo friamente Betty sentándose en un taburete, y enseñándola con el dedo una silla que estaba algo lejos. Rosa no pudo dejar de sonreirse, y Betty continuó: "yo es-

toi muy contenta de veros de tan buen humor, porque en verdad vuestro adorno es tan corto (al decir esto se compuso un bello cinturon de púrpura con que sujetaba su trage de exquisita muselina) que ciertamente tienen razon en decir que el genio hasta la sepultura, y que la ceniza se vuelve ceniza, y la tierra se vuelve á la tierra. Sin embargo, vos que habeis recibido una brillante educacion, ¿cómo no habeis buscado donde ganar honradamente la vida? Ya os lo dije en mi carta, oficio vale renta. Nosotros no hemos nacido con una cuchara de plata en la boca. Yo me sorprendí mucho cuando Mistress Modely, la prima de nuestro mayordomo, nos dijo que habiais entrado en casa de su ama, quien sin embargo nada es menos que una gran dama, aunque dá bailes y cenas, donde á

bandadas acuden todas nuestras jóvenes Ladys." —"Por favor, mi querida Betty...." interrumpió Rosa. — "Poco á poco, Mistress Rosa, os pido que me llameis Mistress Brown. Mi ignorante marido tenia razon en decir que no se creia mas caballero cuando era amo del Withe-Horse, que el último dia que habia llevado la librea del Coronel. Por mi parte jamas he pensado así; pero, gracias á Dios, ahora no mojo ni mis dedos en un plato lleno de agua; y si las cosas siguen como van, espero hacer algun dia gran fortuna; porque una gitana me ha predicho...." —"Por amor de Dios, Mistress Brown, interrumpió otra vez Rosa, yo no os pregunto si es Lady Denningcourt quien sacó á mi querida Eleonora de casa del Doctor Croack, pues ya lo sé; pero decidme, os suplico, ¿cuál

es su enfermedad?" — "Su enfermedad, Miss.... Mistress Rosa, quiero decir.... pero veamos si nos escuchan." Entonces se levantó en puntillas, cerró todas las puertas, miró por las cerraduras, y despues acercándose á Rosa la dijo en voz baja! "está loca." — "Dios nos libre de eso," exclamó Rosa, pálida como un cadáver. — "Sin embargo es la pura verdad. Ella está loca, muy loca; y no es esto lo peor: Dios me perdone, porque yo no valgo nada; pero he aquí que ese bribon de Jack Croack logró un dia que nuestro mayordomo, hombre de talento y de buen porte, le recibiese en casa en clase de lacayo, y luego la noche menos pensada robó á nuestra jóven señorita en una silla de posta. ¡Dios sabe qué alboroto hubo en casa! Milady se torcia los brazos, y no hacia sino

exclamar levantando los ojos al cielo. Yo temblaba como la hoja en el arbol, temiendo me despidiesen; pero felizmente, y sin duda por la proteccion del cielo, Milord Duque habia ido á sus haciendas de Escocia, las que dice nuestro mayordomo que es la mejor tierra del mundo. Milord, pues, encontró á los fugitivos."

Los ojos de Rosa se llenaron de lágrimas, y Betty, á pesar de la acogida que la habia hecho, lloró por simpatía. "¡Ay Dios! yo lo esperaba ya," exclamó Rosa, y Betty respondió: "¡oh! eso es demasiado, Mistress Rosa, eso es profetizar despues que se ha visto. Aquí estoy yo, que antes me hubiera dado al diablo que sospechar tal cosa. Es verdad que nosotras las damas de compañía hablamos raras veces con los criados subalternos." — "¡Ah! Miss Brown,

dijo Rosa cruzando las manos, ¿con que decis que Milord Duque los encontró?" — "Sí, y precisamente á la puerta de la casa de ese ministro que casa á todo el mundo. En verdad, Mistress Rosa, ya era tiempo; pero ese necio Jack en lugar de correr enlazó sus brazos al través de las ruedas de la silla, y cuando el postillon arreó los caballos, él se arrojó al suelo, é hizo resonar el aire con sus gritos." — "¡Pobre muchacho!" dijo Rosa. — "¡Válgame Dios, Miss! ¿cómo podeis compadecer á semejante zángano, que por poco no me hace perder mi acomodo? La horca es demasiado suave para semejantes bribones. Yo no sé lo que han hecho de ese drope, ni dónde le han enviado. En fin, trajeron á Miss Eleonora, y mas parecia un diablo que una muger cristiana. Milady en lu-

gar de encolerizarse, como lo hubiera hecho Mistress Bawsky, la abrazó, la estrechó contra su pecho, la regó con sus lágrimas, y disculpó su fuga, diciendo que ella misma habia sido el orígen por haberla dejado tanto tiempo en casa del Doctor Croack." — "¡Sensible y respetable Lady Denningcourt!" exclamó Rosa, y un sentimiento sobrenatural se pintó en sus hermosos ojos: su figura parecia semejante á la de un angel. "Vos teneis razon, Mistress Rosa, siguió Betty, esta querida señora no ha nacido para este mundo. Poderosos ó particulares, ricos ó pobres, todos la adoran, y no puede presentarse en la aldea sin que la rodee una multitud de gente llenándola de bendiciones." — "Pero, replicó Rosa, ¿qué se hizo la pobre Eleonora?" — "¿Qué se hizo? repitió Betty, en

verdad yo no lo sé:... pero se volvió loca. Primero no queria comer ni beber: guardó un obstinado silencio, permanecia clavados los ojos en el suelo, y de repente la daban ciertos arrebatos que me causaban terrible miedo. Milady la llevó á Londres para consultar los médicos : todos la dijeron que era preciso confiarla á sus cuidados ; pero Milady nunca quiso separarse de ella , y para mí ha sido el bien , porque verosimilmente hubiera perdido mi acomodo."

"¡Ah, Mistress Brown , cuán feliz sois en vivir á su lado!" — "Convengo en ello , dijo Betty : aquí no hay nada que desear , solo quisiera saber si ese pobre Mr. Brown ha bajado tranquilamente al sepulcro." Aquí Betty se infló de vanidad y dijo : "nuestro mayordomo es un partido muy regular , y pudiera suce-

der.... "—" ¡Ay Dios! Mistress Brown, ¿qué decis? ¿habeis perdido el juicio?" — "¿Yo, Mistress Rosa? de ningun modo: es Miss Eleonora.... En fin, Milady, viendo que todo el arte de los médicos, que á costa de grandes gastos habia hecho venir á la quinta, no producia ningun efecto, sino el calmar un poco sus arrebatos, colocó á su lado algunas personas para distraerla; pero su pobre alma está triste hasta la muerte, y tan flaca que da lástima: en verdad, solo la perra Dido.... Á propósito, Miss Rossy, ¿os acordais de la vieja Dido? Mistress Rosa se convirtió insensiblemente en Miss Rosita á los ojos de Betty. — ¿Acordarme de ella? seguramente que sí, mi querida Betty, pues ahora que comenzais á llamarme Rosita, yo tambien puedo llamaros Betty. Tambien me acuerdo del

bueno y excelente Mr. John Brown. ¡Oh, aquel valía por mil mayordomos! yo estoy cierta de que os alegrariais de verle." — "De ningun modo, Mistress Rosa, replicó agriamente Betty, porque ya sabeis que el pobre Brown seguramente ha muerto; y como yo tengo un ódio terrible á los muertos, tendria un miedo demasiado horrible. Pero, Miss, ¿cómo habeis hecho para dejar la muger de aquel Mayor? Sin duda por escrúpulo no habeis querido servirla despues de la muerte de aquel caballero. En cuanto á lo demas, Mistress Rosa, si alguna vez pasais por este camino, dad la vuelta, tocad á la puerta del mayordomo, y preguntad por Mistress Brown.... Pero me llaman; y es preciso acudir. ¡Ay Dios! otra vez llaman." — "Por amor de Dios, exclamó Rosa, querida Mistress Bro-

wn, una palabra: haced que pueda ver á Eleonora."— ¡Ver á Eleonora! yo no sé; pero siguen llamando: yo os dejo: en verdad es preciso que os deje. Á Dios."

Rosa quedó sola: su corazon estaba dividido entre la esperanza de obtener licencia para ver á su querida Eleonora, y el temor de tener que salir de aquella morada encantadora sin poder hallarse otra vez en los brazos de aquella tierna amiga, á la cual tenia un cariño tan vivo, que se aumentaba todavia por su actual situacion. Alguna vez tambien agitada por un presentimiento, cuya causa no acertaba á descifrar, sufria un temblor involuntario. Media hora pasó en esta alternativa de temor y esperanza, cuando de repente se abrió la puerta, y se presentó el Duque de Athelano.

CAPÍTULO II.

El Duque de Athelano, ya de una edad abanzada, tenia una figura bastante comun; pero un aire de grandeza distinguia su semblante: sus modales eran afables, su corazon sensible, su alma ilustrada, y reunia á la política de cortesano la energía que dá el verdadero patriotismo. Esclavo de su palabra, se hubiera avergonzado de faltar á ella, aunque su rango y el poder de que gozaba le hubiesen dado los medios de cerrar la boca á la censura. En una palabra, los hombres sensatos no dudaban mirarla como su oráculo, y los hombres de honor se esmeraban en tomarle por modelo.

Milord sucedió á su hermano en los honores y bienes del ducado de

Athelano ; y no habiéndose jamas casado , quedó convenido entre el último Duque y él , mediante una gruesa suma de dinero , obtener el permiso de la córte para hacer pasar su título y sus bienes en cabeza de Mr. Angus , hijo de su hermana , y único vástago masculino de la primera línea de la antigua casa de Athelano.

La hermosura de su sobrina Lady Denningcourt , sus virtudes y sus tempranas desgracias, casi sin ejemplo, se la hicieron querida ; y aquí no podemos menos de entrar en algunos detalles sobre la historia de esta muger interesante.

Lady Eleonora Athelano, dotada de una bellísima figura , alma dulce, y corazon sensible , era la gloria de su familia , y excitaba la admiracion general. Su hermano el Marques Dungaron habia heredado de sus mayores

aquel sentimiento de altivez feroz, y orgullo intratable, que ni siquiera puede sufrir la sombra de una sospecha contra el honor, cosa que caracterizaba los antiguos gefes de la Escocia cuando se armaban para vengar sus injurias sin esperar la tardía formalidad de las leyes. Era generoso, amigo fiel, enemigo implacable, y defensor de los oprimidos. "Hijo mio, le decia su padre, conserva siempre ese noble entusiasmo." — "Querido hijo, añadia su madre, acuérdate de que mi existencia pende de la tuya." — "Amigo mio, decia la dulce hermana, si yo llego á amar, querré que mi amante se parezca á mi hermano."

Ella no tardó en encontrarle. Un jóven, pariente de la Duquesa de Athelano, era el amigo querido y fiel compañero del Marques Dungaron. Un

mismo espíritu los animaba, sus gustos é inclinaciones eran iguales, sus tallas y figuras eran perfectas, y una facilidad llena de gracia y nobleza distinguian sus modales. Estos dos amigos fueron inseparables hasta que un suceso terrible vino á romper para siempre una amistad tan tierna.

Lady Eleonora, que hacia tres años estaba en Londres para perfeccionar su educacion, decidió de la suerte de los dos amigos. Ignorando las fatales consecuencias de esta pasion, cuyo poder, segun expresan muchos libros, *es tan irresistible como el de la muerte*, cediendo á la dulce sensibilidad de su corazon se entregó primero al atractivo que la inclinaba hácia el amable amigo de su hermano, y acabó por corresponder al cariño que la mostraba, no dudando del honor de aquel cuya existencia le era

mas querida que la propia suya.

El jóven no habia heredado de sus mayores sino su espada y la brillante reputacion que se habia adquirido. La fortuna de Eleonora debia ser inmensa, y su padre habia prometido su mano al Lood Cheltenham, par de Inglaterra de la primera clase. ¡Pobre Eleonora! Esto era un obstáculo cruel á las esperanzas de su amante. Ella estaba lejos de pensarlo mientras que el amable jóven puesto á sus pies besaba su mano, y la regaba con sus lágrimas. En fin, el Duque arrancó la preciosa venda que cubria los ojos de los amantes, haciéndoles saber que á pesar de la conformidad de sus caractéres, la inmensa fortuna de su hija, y la promesa que él habia hecho de darla por esposa á otro formaban á su union una barrera inseparable.

La mas noble altivez distinguia el caracter del jóven : su alma era independiente , su amor invencible ; pero era pobre , y no se atrevia á pedir á uno de los primeros y mas opulentos señores de la Escocia que faltase á su palabra en favor de un pariente en la indigencia.

Eleonora dulce , tímida , é hija tan obediente como fiel amante , se desmayó cuando el Duque la habló del honorífico establecimiento que la habia proporcionado ; pero él atribuyó su desmayo á la excesiva delicadeza de su alma , y la satisfaccion que sentia le impidió ni aun observar el efecto que esta noticia produjo en el desgraciado galan de su hija.

El proyecto de la alianza que debia unir la familia del Duque de Athelano con la del Lord Cheltenham habia conducido frecuentemente

al Marques Dungaron en casa de su futuro cuñado, donde vió á Lady Almeria, de la cual quedó sumamente prendado. Los padres de su querida, y el Duque de Athelano habiendo aprobado este cariño el jóven se llenó de alegría, y su impaciencia por activar ambos matrimonios solo pudo compararse al dolor é inquietud mortal que despedazaron el corazon de la bella Eleonora.

El jóven amante no podia contener la inquietud que le causaba la terrible idea de que otro fuese á gozar el objeto de su cariño: pidió al Duque permiso para alejarse de Athelano, lo cual no se le concedió sino con dificultad: marchó, no para dirigirse á casa de su padre, sino para ocultarse en las cabernas del Ducado de Athelano, que en otro tiempo habian servido de asilo á las tro-

pas de guerreros, y desde allí espiaba todos los pasos de la desgraciada Eleonora, la atraía á su retiro, se postraba á sus pies, juraba un eterno cariño, y se entregaba á todos los arrebatos de una melancolía desesperada.

En fin, el Lord Cheltenham llegó á Athelano; el Duque y la Duquesa le recibieron con las mayores atenciones: el Marques le manifestó la amistad mas sincera; pero la amable Eleonora pálida, el corazon lleno de suspiros y los ojos de lágrimas, no participó ni de la alegría de sus padres, ni del entusiasmo de su admirador. El Lord Cheltenham encantado de la belleza y gracias de su futura esposa no experimentaba, sin embargo, hácia ella los delicados sentimientos del amor verdadero. El era de una bella figura, y su exce-

siva variedad le hacia conocer demasiado su mucho mérito ; de modo que no pudo imaginar que la fria acogida que halló en Eleonora fuese como decia la Duquesa un simple efecto del pudor y timidez de su hija. Desde luego concibió sospechas ; y bien pronto , velando sobre todos los pasos de Lady Eleonora , descubrió sus citas secretas con su jóven primo.

El orgullo ultrajado del Lord Cheltenham y su amor despreciado le obligaron á vengarse , publicando la demencia de una muger , que se atrevia á preferir un pariente pobre á un hombre como él.

Condujo al generoso y valiente Dungaron á una caverna , cuya entrada ocultaba un grupo de flexibles matorrales , y le enseñó con un aire frio y desdeñoso á Lady Eleonora, que en los brazos de su amante go-

zaba de aquel reposo, que en vano buscaba bajo los dorados techos del palacio de su padre.

"¿Es para esto, dijo el Lord Cheltenham, para lo que fui llamado á Athelano? Á no ser por este feliz descubrimiento debia yo casarme con una muger sin honor. Pero no penseis, Milord, añadió con alma, que Lady Almeria Cheltenham quiera aliarse con vuestra familia.... aquí debe concluir el tratado que hay entre nosotros.... arreglad el negocio como gusteis.... al menos evitad á mi hermana la afrenta que me estaba reservada."

¡Qué terrible espectáculo para el Marques! Él no tuvo necesidad de verse excitado por la pérdida de sus esperanzas para sentir renacer todo su furor. El honor vulnerado, su amistad vendida, la hermana que

adoraba, el amigo que queria conjurados contra su honor y felicidad. Esto era demasiado, y él tembló de ira.

"¡Miserables! monstruos indignos," exclamó precipitándose sobre ellos como el hambriento leon sobre su presa, y cogiendo los hermosos cabellos de la bella y dulce Eleonora, la arrancó de los brazos de aquel amigo, que en otro tiempo le era tan querido.

"Milord, ved que es una muger, exclamó él."—"Muere, traidor, hipócrita, y con la mentira en la boca preséntate al Dios de la verdad."

El Marques diciendo esto cogió con una mano al jóven desarmado, y con la otra sacó su espada.

Eleonora fuera de sí se precipitó delante de él. "¡Ah, hermano mio! exclamó llorando: ¿qué haces? ¿el

heredero de los Athelanos se convertirá en un asesino?"

El Marques furioso la separó de sí, y en aquel fatal momento, registrando con sus ojos la caberna, vió sobre una piedra el par de pistolas que habia llevado el desgraciado amante.

El Marques en su implacable rabia las cogió exclamando: "infame, hombre vil y pérfido, muere: solo tu sangre puede lavar este ultrage."

Lady Eleonora se echó de nuevo á sus pies, y de nuevo la separó. "Toma, añadió el Marques echando espuma por la boca, y presentando una de las pistolas al jóven, atrévete á mirar al recibirla la cara de tu amigo deshonrado, de aquel que fue tu bienhechor, tu amigo, y á quien tú has sido traidor con tal vileza." — "¡Oh! por piedad, mi her-

mano, mi querido hermano" y Lady Eleonora se postró por tercera vez delante del implacable Marques.

En el esfuerzo que hizo su amante para levantarla cayó él mismo, y entonces recibió un insulto personal demasiado humillante para un hombre de honor; así es que perdió la paciencia, tomó la pistola, hacen fuego, y los dos combatientes caen á un mismo tiempo, y Eleonora llenó el aire de gritos.

Los guardas del bosque los oyeron: toda la quinta se puso en movimiento, y el Duque y la Duquesa corrieron á aquel sitio. ¡Padres desventurados! Su orgullo, sus esperanzas, su único hijo estaba espirando, y solo pudo hablar lo bastante para echarse toda la culpa de aquel lance fatal antes de dar el último suspiro, en los brazos de aquella que le habia

dado el sér. No se permitió que el ensangrentado cuerpo de su contrario entrase en la quinta. Le llevaron á una cabaña, donde su desgraciado padre, á quien no era menos querido que el Mayor Dungaron al suyo, fue á buscarle; pero noticioso de que se le creia cómplice de su hijo, se vió obligado á aceptar los socorros de sus amigos para embarcarse, y evitar la venganza que le juraba la poderosa familia de los Athelanos. Entró pues en un barco de pescador que se acercó todo lo posible á la costa, y seguido de dos fieles compañeros llegó á la costa de Francia, llevando á su hijo herido y casi sin vida.

La Duquesa no pudo sobrevivir á la perdida de su muy amado hijo, y el Duque, incapaz de resistir esta doble catástrofe, cayó peligrosamente

enfermo: mandó que el sepulcro de su esposa y su hijo permaneciesen abiertos para recibirle; y en fin la quinta parecia mas bien la mansion de los muertos que el asilo de la hospitalidad y la beneficencia.

En este desastre general la dulce y sensible Eleonora fue la única que conservó espíritu y fuerzas para velar á la cabecera de su padre durante su enfermedad; pero el precio de su perdon fue no volver á ver jamas al asesino de una madre, cuya virtud honraba á su alto nacimiento, y de un hermano que era la esperanza de su país, y la gloria de su familia.

La vida hubiera sido á los ojos de Eleonora un pequeño sacrificio para obtener su perdon y restituir la paz á su padre: pero un lazo mas querido la unia al desgraciado fugi-

tivo, y ella conoció que jamas podria romperle.

Segun las leyes de la Escocia, que no exigen la ceremonia pública de la Iglesia para consolidar un matrimonio, ó legitimar el fruto de una union conocida, Lady Eleonora se consideraba como esposa, y sabia que pronto iba á ser madre. Se arrojó á los pies de su padre, y ocultando el rostro entre las manos, le confesó el estado en que se hallaba; pero esta noticia por poco no fue tan fatal al Duque como la muerte de su hijo habia sido á su desgraciada esposa. Varios bienes y grandes ventajas pertenecian á Lady Eleonora y sus hijos, si el Duque moria sin herederos, y la idea de que el asesino de su hijo, ó alguno de su familia se aprovechase de la desgracia que los habia causado, le originó tan violentos trans-

portes, que se temió que iba á espirar allí mismo. Cayó en un delirio, profirió terribles maldiciones contra su amable hija, é invocó la venganza del cielo sobre el asesino de su hijo.

Tal era el estado de la familia de Athelano cuando un testigo irrevocable llevó á la quinta la noticia de que el adversario del Marques habia muerto envenenado.

Lady Eleonora, gimiendo bajo el insoportable peso de la maldicion de su padre, que no podia desviar de sí sino á costa de un crímen, es decir, negando un esposo mas desgraciado que culpable, y privando de sus derechos naturales al inocente que llevaba en su seno, quedó anonadada con el exceso de su dolor, sabiendo el fin trágico de aquel que á pesar de las amargas lágrimas que



habia causado, era aun grato á su corazon; pero la idea de que su muerte alejaba el gran obstáculo que habia para que su padre retractase sus maldiciones, tranquilizó un poco su espíritu. Se atrevió á arrojarse á sus pies, á estrechar sus manos sobre sus labios y su corazon, á bañarlas con las lágrimas del arrepentimiento, y á llamar todo el cielo por testigo de su obediencia sin límites en adelante, si el cielo compadecido de sus infortunios conservaba á su padre la vida para bendecirla y protegerla.

Su piedad y sus lágrimas recibieron la recompensa: sus súplicas fueron oidas, y el Duque vivió para quererla y perdonarla. La condujo á la fúnebre ceremonia que se hizo en los funerales de su esposa é hijo, y allí en el mausoleo de sus mayores la hizo repetir de nuevo el juramento de



una entera obediencia en medio de las lágrimas y suspiros de toda la casa de Athelanó.

Desempeñados estos últimos deberes dejó inmediatamente su quinta, y decidido á mirar el hijo que tuviese Eleonora, como extraño á su familia y sus bienes, se dirigió á pequeñas jornadas hácia Inglaterra, desde donde manifestó su intencion de pasar al Continente. Mistress Moggy-Mac-Laurin, que como partera habia asistido siempre á la Duquesa, fue la única persona á quien el Duque confió sus secretos designios, pues contaba con su discrecion en virtud de la adhesion que tenia á la casa de Athelano, y ademas la ofrecio una pension por su vida en recompensa de sus cuidados. La hizo marchar á Inglaterra algunos dias antes que él, con órden de tener amueblada una casa á algu-

na distancia de Londres, y recibir dos criadas para que asistiesen á Lady Eleonora antes de que llegase á la Metrópoli.

Esta celosa confidenta fue tan exacta en cumplir las instrucciones del Duque que se halló á su llegada á Hatefield. Éste, dejando que su equipage y familia prosiguiesen su viaje á Londres, se fue con Lady Eleonora y Mistres Moggy-Mac-Laurin en un coche de alquiler, y por caminos extraviados, á una casita aislada á tres leguas de Penrry. Allí, despues de haber recordado á su hija el juramento de obediencia, la anunció que aquella sería su morada hasta que estuviese en estado de salir de Inglaterra.

Lady Eleonora comprendió la cruel política que iba á usar su padre para privar á su hijo de los derechos de su nacimiento; pero siempre dul-

ce, sumisa y tímida, y principalmente demasido oprimida por la pena interior que pesaba constantemente sobre su alma, guardó silencio. Conocia por otra parte la humanidad de su padre, su pundonor y su generosidad, y vió que con tales virtudes no podia abandonar un sér inocente, con quien tenia tan íntimas relaciones, y contando con un momento de indulgencia que pudiese sobrevenir como efecto de un cariño mas bien suspenso que acabado, é igualmente sabiendo que la favorita de su tierna madre debia asistirla, besó afectuosamente la mano de su padre, no sin alguna esperanza de que su hijo sería fiado á sus mismos cuidados, y que algun dia tendria el gusto de verle.

Las visitas del Duque eran frecuentes y cortas, pero siempre *in-*

cógnito; y como en aquellas inmediaciones pasaba por un hombre ordinario no excitaba la curiosidad de nadie.

El ódio que el Duque tenia al autor de la muerte de su hijo estaba tan distante de disminuirse por el homicidio de este infeliz, que cada dia tomaba mas fuerzas, y la menor probabilidad de que los bienes de su casa pasasen á alguno de aquella detestada familia le causaba accesos de rabia, y así el hijo de su hija fue desconocido por él antes de nacer.

Su proyecto era ocultar su existencia á toda la familia; pero al mismo tiempo asegurarle una honrada suerte. Aun no habia hallado nadie á quien confiar el cuidado de este niño, y la suma que le destinaba, cuando acercándose el parto de Lady Eleonora, Mistress Moggy-Mac-Laurin

le advirtió la necesidad de tener dispuesto un facultativo que la asistiese en caso de peligro.

El Duque, despues de muchas informaciones, oyó hablar del Doctor Croack, y se dirigió á su casa de Penrry á pretexto de consultarle sobre su gota, y halló al Doctor tomando té con Mistress Bawsky; y habiéndole ocurrido al instante la idea de que aquel hombre podria desempeñar el doble objeto de asistir á su hija, y adoptar lo que naciese, le hizo el Duque algunas preguntas relativas á su fin, le dió una guinea, y salió para tomar las medidas subsecuentes.

Poco tiempo despues, y mientras el Doctor calculaba con su amiga las ventajas de las proposiciones hechas por aquel desconocido que habia venido á su casa, se oyeron grandes

golpes á la puerta. Preguntó por la ventana, y sabiendo que un coche le aguardaba para conducirle á casa de una señora que necesitaba de su ciencia, se dió prisa á bajar, y entro en el coche; pero no bien se habia metido cuando una persona, cuyo vigoroso brazo hacia inútil toda resistencia, le cubrió la cabeza con una capucha.

El valor del Doctor se concluyó en aquel punto, y comenzó á pedir misericordia con una voz que probaba su miedo.

"Tranquilizaos, señor, dijo aquella persona que le sujetaba á él y su capucha: no se os quiere hacer ningun daño: efectivamente vais á casa de una persona que puede, ó no, tener necesidad de vuestro auxilio: vos sois el instrumento, pero no el confidente de un secreto que pue-

de hacer vuestra fortuna : vos tendreis tiempo de reflexionar sobre una pregunta , que estoi autorizado para haceros. El niño , que bien pronto verá la luz , no debe jamas conocer los autores de su existencia. ¿Lo entendeis?" — "Hem , hem , no del todo," respondió tartamudeando el Doctor. — "Un billete de quinientas libras esterlinas se pondrá en las manos de aquel que los libre de toda inquietud en este punto. ¿Me entendeis ahora?" — "Sí , sí.... me parece que comprendo." — Muy bien, señor : si el niño vive un año se os enviarán otras quinientas guineas. ¿Estais cierto de haberlo entendido bien?" — "¡Oh , perfectamente! pero si yo hubiese sabido algo , hubiera prevenido una nodriza." — "Tranquilizaos : la persona que os emplea sabe mejor que vos lo que se nece-

sita.. Yo os advierto que se velará sobre vuestra conducta : vuestro silencio y prudencia serán recompensados ; pero si hablais ó cedeis á una curiosidad indiscreta , podreis arrepentiros de un modo muy cruel."

El Doctor guardó silencio , y se entregó á mil ideas halagüeñas , efectos de las sumas que iban á depositar en sus manos , mientras que el coche seguia rodando con mucha velocidad.

En fin se detuvo. El compañero del Doctor le hizo subir una escalera , y le condujo á un cuarto donde le quitó la capucha que le cubria el rostro. El primer aspecto del lugar en que se halló no le dió una gran idea de la importancia de sus habitantes , pero experimentó algun temor , viendo que llevaba una máscara la persona que le acompañaba.

Bien pronto en la sala inmediata se oyeron unos gemidos. El enmascarado expresó la mas viva agitacion: empezó á pasearse con prisa : luego se paró , varias veces volvió la cabeza para quitarse la careta , y limpiarse las lágrimas. Algunos instantes despues Mistress Moggy-Mac-Laurin entró en el cuarto para pedir el auxilio al Doctor.

Entonces el enmascarado , cediendo al exceso de su dolor, se anegó en lágrimas. "Salvad , ¡oh! salvad á mi hija," exclamó , poniendo un bolsillo en manos del Doctor , quien se dió prisa á entrar en el cuarto inmediato interior.

Despues de dos horas , que el enmascarado pasó en una mortal inquietud , Mistress Moggy-Mac-Laurin fue á buscarle llevando en sus brazos una bonita niña , á quien se pre-

paró á vestir segun la órden que habia recibido.

El Duque ni aun quiso mirar á este inocente objeto de su ódio, exclamando: "si me succediese encontrar en su fisonomía un solo rasgo que me acordase la de su padre, aquel monstruo que ha llenado mi corazon de amargura, ¿cómo podria contener mi furor, y resistir al deseo de anonadarla para siempre? No, no, alejadla de mi vista." — "¡Pobre inocente, exclamó Mistress Moggy, aunque fuese hija mia no pudiera inspirarme mayor cariño!" — "Silencio, gritó el Duque con severidad: aquí no debe oirse tu dialecto escocés." — "Por mi vida, señor, exclamó la buena muger, yo callaré, pero aunque supiera morir no pudiera contener mi viva emocion.... ¡Oh, qué bella niña!"

Durante el tiempo que Lady Eleonora habia pasado con esta buena muger se habia entregado frecuentemente á la melancólica satisfaccion de contarla los pormenores de su historia, y habia llorado las fatales consecuencias de su union con su amante. Mistress Moggy-Mac-Laurin sabia perfectamente el modo con que iban á disponer de los bienes de la casa de Athelano despues de la muerte del Duque, y no dudando ni de que era válido el matrimonio de Miss Eleonora, ni de la legitimidad de su hijo, crecian su sorpresa y su inquietud al paso que se acercaba el tiempo del parto, porque se la tenia en una entera ignorancia sobre la suerte destinada á aquella inocente criatura; pues las únicas órdenes que recibió fue envolverla, apenas naciese, en unos pañales regulares, y te-

ner dispuesto lo necesario para libertarla del frio.

"Ahora bien, dijo Mistress Moggy, hablando consigo misma: yo haré lo que Milord manda, pero yo pondré á la criatura una seña, á fin de poder conocer en cualquier tiempo al heredero de la casa de Athelano." Así, pues, la buena muger, que se vanagloriaba de que la difunta Duquesa la hubiese empleado en otro tiempo en marcar con la corona ducal las ropas de la casa, trazó sobre el hombro izquierdo una A y una B, letras iniciales de los nombres de su padre y de su madre, y luego puso sobre esta marca una corona, todo ello mientras el Duque se paseaba por el cuarto con la mayor agitacion.

Cuando el Doctor volvió donde estaba el Duque, quien permanecia enmascarado, recibió de el un bi-

llete de cincuenta libras esterlinas, ademas de las cien guineas que tenia en el bolsillo que antes le dió, y entonces, haciendo una seña á Mistress Moggy, que tenia envuelta la criatura, ella la puso en manos del Doctor con otro billete de quinientas libras esterlinas, y en seguida se le volvió á poner la capucha, y se le condujo con cuidado á la silla de posta que marchó inmediatamente.

Al cabo de dos horas de viaje el Doctor sintió que le pasaban á otro coche, que partió á galope, y solo se detuvo al cabo de una hora de marcha.

"Ahora ya estais en Londres, Doctor, dijo el enmascarado." — "¡En Londres, Dios mio!.... hem, hem, ¿qué puedo yo hacer en Londres con esta niña?" El enmascarado respondió gravemente: "Doctor, el mundo

es un pais, que no se puede conocer por la noticia de otros. Yo he viajado, y siempre encontré con el dinero cuanto necesitaba. Vos teneis ya á vuestra disposicion una cantidad harto considerable, y no debeis suponer que las personas de quienes la habeis recibido hayan querido mirar solamente vuestra comodidad. Sin embargo, debo advertiros, que tal vez será aquí donde tengais que cumplir lo mas espinoso de vuestra comision; pero vuestra recompensa será proporcionada al cuidado que tengais de esa niña que queda con vos."

Apenas acabó de hablar el enmascarado, cuando cayó el lazo que sostenia la capucha del Doctor, y ya no volvió á ver á su compañero de viage, hallándose solo con la niña y sus billetes de banco en medio de un arrabal de Londres.

El postillon le preguntó entonces dónde queria ir á apearse. El Doctor no sabia que responderle : era la vez primera que estaba en Londres con un equipage tan brillante : el postillon le condujo á la posada de Cross-keys , en Gracechurch-Street , donde se hallaba para partir un coche público. El Doctor , habiendo visto en la inscripcion que tenia en uno de los tableros, que debia pasar por cerca de la casa de su hermano el arrendador , se decidió á subir en él, esperando que en una de las inmediaciones de la alquería podia encontrar una nodriza para su niña.

Él salió pues de su silla de posta para entrar en el coche , pero antes de que se colocase de un modo conveniente para la niña , y mientras sacaba dinero para pagar su viaje , la silla y el postillon que aca-

baban de conducirle desaparecieron á su vista. La sorpresa que le causó este suceso cedió bien pronto al placer de tener su bolsillo tan bien provisto, y llegó á casa de su hermano con sumo placer. Apenas habia entrado en la casa cuando un pobre jornalero de las cercanías, cuya muger se hallaba con los dolores de parto, vino á implorar la caridad del arrendador, que como ya hemos dicho tenia algunos conocimientos en la medicina, de los cuales usaba *gratis* á favor de sus pobres vecinos.

El buen arrendador no estaba en casa, y como el Doctor necesitaba del auxilio de su cuñada, á quien acababa de confiar la niña hasta que hallase nodriza, consintió voluntariamente en hacer lo que le suplicó, y fue irse con el jornalero á asistir á su muger, la que felizmente parió

una niña. Entonces se decidió á entregarla la otra que llevaba, prometiéndola diez y seis schelines mensuales.

Mistress Tomasa Croack apenas vió la niña imaginó que sin duda era fruto de una intríga secreta de su cuñado: pero esta suposicion no impidió que manifestase el mayor interés por la inocente criatura; y habiendo encontrado entre sus pañales un pedacito de papel que decia: *Eleonora*, la hizo bautizar con este nombre el Domingo siguiente. Al cabo de tres meses el Doctor mandó á la nodriza que la llevase á Londres, y la citó para Hyde-Parc, segun un billete que habia recibido del enmascárado.

Mistress Bawsky juzgó entonces que convenia enviar á la niña una magnífica falda guarnecida con en_

cajes de Valenciennes, y el Doctor, contentísimo con la robustez de la criatura, acompañó á la nodriza al sitio donde Moggy-Mac-Laurin los esperaba.

La buena muger, que entonces regresaba á Escocia, porque el Lord Athelano y su hija estaban para salir de Inglaterra, habia obtenido del Duque con el mayor trabajo el permiso de ver la niña antes de su partida; y este señor vencido por su importunidad se decidió á escribir al Doctor que llevase la niña á Londres, no cuidándose de hacer saber el lugar de la residencia, ni aun á la misma confidenta.

Mistress Moggy bañó la niña con sus lágrimas, y tuvo gran cuidado de mirar la marca que habia puesto.

"Yo os aseguro, madama, dijo la nodriza, que eso no es nada su-

cio, yo la he lavado con agua y jabon todo cuanto he podido sin hacer mal á la niña, y eso no quiere quitarse. Mi marido dice que será una santa, porque ha nacido con un A, B, C. en su cuerpo." — "No, buena muger, dijo Mistress Moggy-Mac-Laurin en su dialecto escocés, es una marca que yo he puesto con pólvora. ¡Ah, mi preciosa niña, cómo se parece á su padre! Querida niña, ¿quién sabe si el cielo tendrá piedad de tu suerte? ¡Oh! sí, yo espero, yo quiero creer que algun dia heredarás los bienes de tu madre."

La nodriza habia nacido en el norte de Inglaterra, pero aunque no hubiese comprendido el dialecto escocés, un bolsillo de diez guineas que Mistress Mac-Laurin tuvo órden de darla á escondidas del Doctor fue una conclusion sumamente favorable á la niña.

Al volverse á su casa sin revelar su buena fortuna, se persuadió que tenia el honor de criar á un personage de alta esfera, y bajo este principio quiso que se la aumentase la mesada de diez y seis schelines.

Algun tiempo despues su marido tuvo que ir por sus negocios á establecerse veinte millas mas lejos de Londres, y ella obtuvo el permiso de llevarse allá la niña. Tres años habian pasado cuando el Doctor recibió por el correo la carta siguiente.

MONSIEUR:

"Vuestra hija, porque así es como debeis considerarla, pertenece á una familia ilustre, y así se os proporcionarán los medios de atender á su suerte. Hallareis adjunta á ésta una letra de mil libras esterlinas

sobre Mr. Adderly y compañía, que emplearéis en su educacion. Los fondos para su existencia futura se os entregarán á tiempo oportuno.

El Masfara."

La letra aceptada por un respetable comerciante fue pagada á la vista. Mistress Bawsky tuvo por conveniente añadir un criado á su familia, y habiendo escrito á la nodriza que pensaba traerse á casa la niña, fue á buscarla algunos dias despues. Eleonora, que era una encantadora niña, se hizo bien pronto la favorita del Doctor y de Mistress Bawsky, y su cariño para ella llegó fuera de los límites cuando cumplió seis años. En esta época una persona, cuyo aire y modales anunciaban el rango mas elevado, se de-

tuvo en un magnífico coche á la puerta del Doctor, y le entregó seis mil libras esterlinas para Eleonora, mas sin quererla ver, ni aun preguntar si vivia; pero Mistress Mac-Laurin algunos meses antes de este suceso la habia visto en el mismo parage que la otra vez, y se habia tranquilizado reconociendo su marca.

Durante este intervalo el Duque habia conducido á Lady Eleonora á Italia, donde, aunque en vano, se esforzó á distraerse de las penas profundas que devoraban su corazon; pero tuvo la felicidad de ver que se restablecia la salud de su hija, á quien habia persuadido que la niña habia muerto algunos instantes despues de haber nacido.

La mudanza de aire, la juventud, el exercicio y la dulce resignacion natural del caracter de Eleono-

ra hicieron sobre ella el efecto que todos los esfuerzos de la naturaleza y del arte no pudieron obtener sobre su desgraciado padre. Cada dia se le hacian mas sensibles las pérdidas que habia sufrido : su corazon estaba sin cesar oprimido por un agudo dolor ; y á pasos lentos , pero seguros , iba bajando á aquella tumba , donde estaban enterrados los objetos de sus mas tiernos cariños.

Su hija , prévio su permiso , habia rehusado muchos partidos ventajosos. En fin , él la recordó su juramento , y con las lágrimas en los ojos la suplicó que le diese el consuelo de verla casada antes que fuese á reunirse con su esposa adorada y su querido hijo.

Lady Eleonora suspiró , y confesó á su padre que el fuego del amor no entraría en su corazon marchito

por las penas. El Duque arqueó las cejas, ella tembló, él invocó á la difunta Duquesa, ella lloró, él pronuncio gimiendo el nombre de Dungaron, y ella se rindió.

Entonces se hallaban en Florencia. Un accidente de que hablaremos en el capítulo siguiente los hizo conocer al Lord Denningcourt, Embajador de Inglaterra en la corte del gran Duque de Toscana, quien se enamoró de la bella Eleonora: obtuvo su consentimiento y el de su padre, y el matrimonio se concluyó bien pronto en aquella ciudad..

El Lord Cheltenham habia guardado religiosamente su palabra. Lady Almeria jamas fue instruida de las particularidades de una catástrofe, de la cual su hermano sentia amargamente haber sido la causa; pero lo que el Duque no podia ocul-

tarse á sí mismo creyó necesario revelarlo al Lord Denningcourt; y Lady Eleonora, que se consideraba viuda de su primero y único amante, consintió en hacer esta confesion, no hallando ninguna vergüenza en confesar á su futuro esposo, y que ya legítimamente habia sido madre.

El amor que esta encantadora dama habia inspirado al Lord Denningcourt era demasiado vivo, y demasiado apasionado, para que pudiese desistir aun cuando la explicacion que le dió el Duque hubiera sido menos satisfactoria; y convencido de que Lady Eleonora era tan virtuosa como bella, no quiso indagar mas circunstancias de su historia, y la hizo su muger, ignorando de buena fe que su hija vivia.

El Duque de Athelano, cuyas fuerzas declinaban visiblemente, se

ocupó entonces en dos cuidados igualmente importantes. El primero fue escribir á Mistress Mac-Laurin que fuese á Inglaterra á fin de comprobar la existencia de su nieta, y el segundo enviar seis mil libras esterlinas al Lord Jorge Athelano, su hermano, pidiéndole que entregase esta suma al Doctor Croack, no pensando en nombrar siquiera en su testamento á una niña que no queria reconocer.

El Lord Jorge, actual Duque de Athelano, tuvo sospechas vagas de que este dinero era destinado á la suerte de algun hijo natural de su hermano, cuya existencia tal vez ocultaba por razones secretas, y en virtud de esto entregó las seis mil libras, sin expresar, ni tener alguna curiosidad de ver al individuo que debia gozarlas.

El Lord Denningcourt era hom-

bre de mundo, y siempre habia ocupado brillantes destinos, ya en la corte, ya en diversas provincias de Inglaterra, y algunas veces se habia hallado en relaciones de negocios con el Lord Gauntlet; pero Lady Denningcourt y Lady Gauntlet no se conocian, aunque frecuentemente se hallaban en la corte, y sus tierras lindaban una con otra.

Por casualidad fue el modo con que estos dos señores se encontraron á la puerta del caballero Sir Salomon Mushroom la única mañana que el Mayor Buhanum fue á aquella á tomar informes sobre la sucesion de su sobrino.

Lord Denningcourt volviéndose al palacio de san James, al salir de casa de Sir Salomon, encontró allí á su muger, y la contó lo que acababa de oir al Mayor Bohanum. Se

puso pálida Milady, se desmayó, y hubo que llevarla á su casa.

El exceso de su consternacion fue inexplicable cuando volvió en su acuerdo. Su esposo no dudaba el terrible golpe que sin pensar la habia dado. En fin, despues de haber pasado en cama tres semanas por una fiebre violenta, formó la resolucion de visitar al Mayor Buhanum.

Habiéndose informado por Sir Salomon del parage en que vivia, se fue á su posada, y recibió de su boca los pormenores que hicieron esta visita tan interesante, y que causó tanta sorpresa á Eleonora y Rosa la víspera del viage de ésta á Escocia (*). La desgraciada Lady Denningcourt supo que habia vivido en un adulterio inocente con su segundo es-

(*) Véase el tomo III, capítulo V, página 152 y siguientes, hasta 156.

poso: que Wallacio Buhanum, el objeto de su eleccion, aquel amante tan querido, habiendo sido socorrido en tiempo cuando tomó aquel fatal veneno, conservó la vida, á la que miraba con horror, y que no la habia perdido hasta la última batalla que dieron los Ingleses á las tropas de Tipoo-Zaib.

El Mayor, que sabia que el difunto Duque de Athelano, así como muchos de sus parientes y compatriotas se habian informado de la existencia de su sobrino, se sorprendió al ver que este suceso era ignorado de la persona que tenia mas interés en saberlo. Sin embargo, se esforzó á reconciliarla con una desgracia irremediable; pero aunque logró convencerla de que debia contener aquel dolor, que casi extraviaba su razon, por respeto á su marido así como á

ella propia, ella se despidió con un abatimiento que causaba compasion. El desórden de su espíritu produjo bien pronto un efecto tan peligroso en su salud, que Milord, disgustado por otra parte de la conducta de su hijo, se decidió á abandonar todos sus empleos, y retirarse con su muger á la quinta de Denningcourt.

Mistress Moggy-Mac-Laurin, aunque de una edad muy abanzada en esta época, gozaba sin embargo de una salud perfecta. Esta buena muger ignoraba el parage en que el difunto Duque habia depositado su nieta, y estaba impaciente de instruir á Lady Denningcourt de que su hija existia aun; pero no se atrevia á turbar la paz de Milady durante la vida de su esposo sin poder á lo menos darla los medios de encontrar su hija; mas apenas supo la muerte del

Lord Denningcourt dejó su retiro, y se fue á la quinta de Athelano, donde encontró al Lord Jorge, ya Duque de Athelano, preparándose á ir á Inglaterra para visitar á la ilustre viuda..

Comparando los detalles que le dió Mistress Moggy con la comision secreta que le dió su hermano para una jóven que vivia tan inmediata al parage en que Lady Eleonora habia parido, el Duque concibió algunas sospechas de que el Doctor Croack debia poseer la clave de un misterio tan interesante, y así se decidió á que Mistress Moggy le acompañase á Denningcourt.

Halló á su sobrina entregada á una melancolía tan profunda que nada podia distraerla, é insistio en que la acompañase á Athelano interin se arreglaban los negocios de la heren-

cia de su difunto marido. Pero ¡cual revolucion sobrevino en el espíritu de la desgraciada Lady Denningcourt cuando supo que su hija existia! ¡Una hija, gran Dios! Ella tenia una hija, poseia todavia un objeto., a cuyo favor podia desplegar aquella terneza incomensurable de que su corazon estaba cargado mas que nunca desde las últimas noticias que habia oido de su amado Wallacio. Ella podia, pues, encontrar en la fisonomía de aquella niña la encantadora expresion y las facciones del desgraciado amante, que en otro tiempo habian cautivado su corazon. Podia cubrir de besos y de lágrimas á la hija de Wallacio, fruto querido del amor mas vehemente. "¡Ah, Milord! exclamo ella estrechando sus manos con los labios, partamos inmediatamente: ¿por que aguardar un dia ni una hora?

Vamos á restituir á mi desgraciada hija una madre ; no se vea privada por mas tiempo de las maternales caricias que mi corazon desea franquearla."

El Duque estaba casi tan impaciente como ella , y la dijo : "sí, mi querida sobrina : vuestra hija no puede dejar de ser amable ; ella será , y es preciso que lo sea , Duquesa de Athelano." Lady Denningcourt lloró. "¡Ah! ¡permita el cielo , exclamó , que su corazon no esté ya empeñado! Milord , no existe dolor mas cruel que verse obligado á renunciar el objeto de su cariño."

Durante el viaje Mistress MacLaurin habló mucho de la semejanza que la joven tenia con su padre, y Milady no pudo detener sus lágrimas. El Duque pareció no pensar sino en el proyecto del matrimonio de

esta jóven con Mr. Angus, hijo de su hermana, y añadió que éste era un medio excelente de reunir los honores y bienes de la familia.

En fin, llegaron á casa del Doctor Croack, Milady recibió á su hija en sus brazos, y bañó con sus lágrimas las marcas que Mistress Mac-Laurin halló en su lado.

Eleonora no sintió la misma conmocion viendo á su madre: su tierno corazon ya no era suyo, y se lleno de tristeza á la idea de que era preciso alejarse de aquellos lugares donde dejaba lo que mas amaba.

El Doctor por su parte, obligado á confesar el mal uso que habia hecho de las sumas depositadas en sus manos, recibió las mas fuertes reconvenciones de Milady, quien le indicó que iba á perseguirle

por su falta de confianza.

Tal vez se hubiera contentado con esta amenaza sin pensar en realizarla, si el Duque, furioso con el descubrimiento de la inclinacion de Eleonora al jóven Croack, no hubiese acusado al Doctor de haber atendido al bien estar de su hijo, esforzándose á hacer fomentar esta inclinacion en el corazon de su joven pupila, aunque no ignoraba que su rango y su nacimiento la ponian en una línea muy superior á semejante enlace.

El corazon de Lady Denningcourt volaba al encuentro del de su hija, y Eleonora al contrario conservaba memorias que alejaban el suyo del de su madre: estaba íntimamente persuadida de que Milady tenia una intriga secreta con el Mayor Buhanum, segun la extraordina-

ria visita que habia presenciado. Por otra parte Mistress Bawsky habia declarado que la cosa era cierta, y Eleonora aun no tenia motivos de dudar de su sagacidad en hechos de semejante naturaleza; pero existian tres personas en el mundo, á quienes amaba tiernamente, Rosa, el jóven Croack y Mistress Harley: se iba á arrancarla de su cariño: no podria mantener correspondencia con la primera, porque se hallaba entonces en casa de la persona con quien su madre estaba unida (al parecer) con lazo criminal... ¿y cómo podria ver á los otros dos? Por otra parte, estaba acostumbrada á vivir con los fingidos tio y tia, y en el corazon de muchas personas mas experimentadas que Eleonora la costumbre hace veces de cariño.

En vano la sensible y dulce La-

dy Denningcourt se esforzó á ganar la confianza de su hija. En vano, para distraerla, la llevó primèro á Bath y despues á Denningcourt. Eleonora llevó á todas partes su tristeza y la memoria de sus primeras inclinaciones: ella estaba insulsa en la sociedad; en fin, perdio sus colores, su apetito y su alegría. La reserva que en su carta á Rosa habia prometido imponerse á sí propia en cuanto al jóven Croack duró ínterin no halló ocasion de hablarle; pero desapareció á su primer encuentro con este jóven: una visita sucedió a otra, no llegaban cartas de Rosa durante este intervalo para enseñarla á combatir su amor, y resistir al del jóven Croack: el cariño de su madre se la figuraba una reprension, sus consejos virtuosos el lenguaje de la hipocresía; y en fin, cuando el Du-

que, á quien nunca hablaba sin estremecerse, la anunció su proyecto de hacerla Duquesa, y presentarla en la corte, y cuando la habló de los honores y riquezas que la reservaba, á fin de excitar su emulacion, ella se estremeció, y fue á contar á Croack las terribles cosas que acababa de oir. El jóven lloró, se arrancó los cabellos, Eleonora se conmovió sumamente; y como poseía una suma de dinero suficiente, segun ella, para ponerlos á ambos al abrigo de la necesidad durante su vida, convino fácilmente en la idea de su amante, que fue huir á Gretna-Green, á fin de casarse, y evitar por este medio la desgracia de ser Duquesa.

Fueron detenidos en su viaje, segun Betty contó á Rosa, y entonces la idea de volver á casa de Milady para vivir lejos de su amante, y ver-

se rodeada del fausto mientras que sin cesar pensaba en el desgraciado Croack agarrado de las ruedas de la silla del Duque, arrancándose los cabellos, y arrastrándose entre el polvo del camino, hizo tan desgraciada á la pobre Eleonora, que al fin perdió el juicio. Lady Denningcourt, desesperada por esto, llamó en su socorro todos los recursos de la medicina, y un profesor establecido en la quinta velaba constantemente sobre todos los síntomas de un estado tan deplorable.

El jóven Croack, habiendo sido enviado á casa de su padre con las mas terribles amenazas del Duque de vengarse cruelmente si se atrevia á presentarse en la quinta, el Doctor no halló mejor medio de libertarse de una prision sino encerrando en ella su hijo. En virtud de esto, y

habiendo obtenido auto de arresto por ciertas cantidades que dijo le habia prestado, y de las cuales el pobre jóven no habia visto una moneda, le hizo conducir á la prision Marshelsea, donde no le daba sino media guinea cada semana.

CAPÍTULO III.

Mientras que Rosa, abandonada sucesivamente por cuantos podian darla alguna explicacion sobre la salud y actual estado de Eleonora, quedó sola en el salon, el Duque de Athelano, Lady Hopely, Miss Angus y Miss Bruce tuvieron consejo secreto, cuyo resultado fue el que era regular, cuando la parte acusada no es admitida; quiero decir, que la evidencia se halló toda á un lado, y se pronunció la sentencia por aquel que estaba revestido del poder competente.

Las dos jóvenes convinieron en que el caracter de Rosa parecia bastante sospechoso; pero con la diferencia que Miss Angus dijo que en su vida habia visto un semblante mas

interesante, y Miss Brûce añadió que tampoco habia visto exterior mas artificioso.

El Duque, aunque la habia mirado con poca atencion, confesó sin embargo que la emocion que habia manifestado al ver á Eleonora le parecia bastante natural; pero su residencia en casa de Mistress Woudbe, su trage tan poco conforme al de una persona admitida á la brillante sociedad de la Condesa de Gauntlet, y la hora en que sola y mal vestida pasaba por delante de la casa, eran circunstancias que le hacian temer que un designio premeditado, y no la casualidad, era lo que la habia conducido á la quinta.

La pasion de Eleonora al jóven Croack se oponia enteramente al designio que el Duque tenia de unirla á su sobrino: él deseaba con ardor

que se cumpliese este plan, pero Lady Denningcourt se acordaba de cuán imposible le habia sido á ella misma, aunque dotada de una alma mas vigorosa, reglar una primera pasion por las leyes de la prudencia, y no se admiró cuando vió que la cabeza de su pobre hija era demasiado débil contra las tempestades de su corazon. Sin embargo, habia instantes en que á pesar del bajo nacimiento y vulgar educacion del jóven Croack, ella sentia no poder hacer feliz á su hija. Mas como tuvo buen cuidado de no comunicar sus proyectos al Duque, éste conservaba siempre la esperanza de ver todos los bienes de la casa de Athelano en mano de Mr. Angus; y no dudaba que la infeliz Elenora al recobrar su juicio se curase de una pasion tan indigna.

Con esta esperanza la sospecha de que Rosa era un agente secreto de los Croacks debió naturalmente sobresaltarle, y no pudiendo concebir cómo un padre fuese tan sordo á la voz de la naturaleza, hizo al Doctor Croack la injusticia de creer que se interesaba por su hijo, especialmente cuando el matrimonio de éste con una heredera tan ilustre como Eleonora le evitaria el verse perturbado en la posesion de los fondos que solo se le habian cedido para el uso de su pupila. Es cierto que si esta última consideracion no se hubiese escapado á la sabiduría del Doctor y de su amiga, el pobre jóven no se hubiese visto privado de la libertad, y comiendo el pan de los malhechores en la carcel de Marshelsea.

El Duque de Athelano entró en el salon, donde la pobre Rosa, á

quien tan cruelmente se acababa de condenar, se perdia en conjeturas sobre el extraño modo con que se la trataba. La fisonomía del Duque, llena de nobleza y dignidad, la llenó de terror y confusion; y como este señor no tomó silla, ni la convidó á sentarse, ella se mantuvo en pie.

El Duque, absorto en su idea, la preguntó si conocia al Doctor Croack.

Rosa titubeó, y se puso colorada.

"Ella es culpable," dijo el Duque para sí, y añadió: "yo presumo que vivís en Delwort-Housse."

Rosa volvió á turbarse y ponerse mas colorada, con lo cual el Duque se confirmó en su opinion.

"Milord, (respondió ella) yo.... yo he vivido allí; pero.... pero...."— "¿Pero sin duda habeis resuelto salir?"—"Sí, Milord," contextó ella bajando los ojos. — "Paréceme, aña-

dió el Duque, que vuestro designio será vivir en otra parte, y acaso imaginareis hacernos el honor de refugiaros aquí."

Rosa se sobresaltó, levantó los ojos, y entonces fue cuando observó el gesto y semblante severo del ilustre interrogador. Se sintió al mismo tiempo confundida, humillada, desesperada, y mil dardos agudos parecia que acompañaban la sangre que se precipitaba hácia su rostro y su brazo.

"Os poneis colorada, respondió el Duque: ¿será la vergüenza de veros conocida, ó bien será que haya tenido la desgracia de excitar vuestro enojo? porque el crímen es muy expuesto á inflaciones. De cualquier modo, yo no me tomaré el trabajo de aplacar vuestro resentimiento, y me limitaré á suplicaros que salgais de esta casa, avisándoos que nunca volvais

á ella. Lady Denningcourt es una muger virtuosa, la reputacion de las damas que habitan en su casa es irreprensible, y el Duque de Athelano es su protector. Permitidme (y al mismo tiempo la presentó la mano) que os enseñe el camino.

La pobre Rosa, lleno de amargura su corazon, salió de la casa de aquellos que la habian inspirado un interés tan vivo; pero sentia tan profundo respeto para el severo juez que acababa de pronunciar aquella sentencia agravada con la ironía, que no se atrevió á hablar, ni resistir al movimiento que hizo para conducirle por el camino mas corto á la puerta que daba sobre el parque: pero antes de llegar allí la mortificacion y humillacion que resentia hicieron lugar á su cariño é interés por la desgraciada Eleonora.

La idea de esta querida compañera de su infancia la devolvió toda su energía. Desterrarla de aquel tranquilo retiro era desterrarla de su Eleonora, y acaso pâra siempre: y comparando la incoherente relacion de Betty con lo que ya sabia de las disposiciones de su pobre amiga, se lisonjeaba de que sus cuidados y sus consuelos producirian mas efecto que todos los recursos de la medicina; por lo cual se resolvió á hacer los mayores esfuerzos á su favor, y á pesar de los obstáculos que podia hallar apeló á todo su valor para resistir á las absolutas órdenes del Duque, y oponer humildes súplicas á su voluntad decidida.

Casi sofocada por el calor y por la variedad de sensaciones que la agitaban se quitó el sombrerillo negro que llevaba, y con un movimien-

to de cabeza lleno de gracia se echó á la espalda las trenzas de su hermoso cabello, y respiró un poco antes de atreverse á hablar. El Duque la consideraba con atencion, y la severidad de sus miradas se cambio en un curioso y agradable exámen de sus facciones. Sin embargo, seguia acercándose á la puerta, pero se detuvo cuando ella empezó á hablar.

"Á no estar animada y sostenida por el cariño y la amistad, no creais, Milord, que tuviese el atrevimiento de procurar destruir por sola consideracion á mi persona esa severidad que juzgais merezco. Sin duda, teniendo á la vista estos movimientos de la bondad y benevolencia de Lady Denningcourt, no es necesario deciros cuánto venero su caracter: sin embargo, ninguno de cuantos la veneran y admiran experimentarán aca-

so hoy los sentimientos que.... pero yo no puedo expresarlos, ni aun definírmelos á mí propia. Las jóvenes damas que viven en la casa, y á quienes protege el Duque de Athelano, no pueden ser insultadas por el solo aspecto de una desgraciada jóven sin amigos y sin protector...." aquí la faltó la voz, y dió algunos pasos para ocultar sus lágrimas.

Vuelta en sí, y viendo que el Duque se mantenia parado, se dirigio hácia él con aquella gracia encantadora que presidia á todos sus movimientos: los rizos flotantes de sus hermosos cabellos hacian sombra á su frente: una lágrima bajaba sobre cada una de sus mejillas como la grana: con una mano tenia el sombrerillo, la otra modestamente extendida estaba en la aptitud de una humilde súplica, y una cierta sombra

melancólica se esparcia por todo su angelical semblante.

"¿Por ventura, Milord, he pedido yo ser admitida en la sociedad de los felices habitantes de esta quinta? ¡Ay, Dios! ¡no! yo conozco la distancia que la desgracia y la pobreza han puesto entre mí y ellas; mi inocencia no es conocida sino de Dios solo, ni sentida sino por mí; pero yo no tengo la osadía de atreverme á pretender que ella se presente desde luego á los ojos de aquellos que la suerte ha puesto tan superiores á mi humilde esfera. Yo no espero, ni mucho menos deseo que las damas que estan bajo la proteccion del Duque de Athelano desciendan de su rango en mi favor; todo lo que pido, y os lo suplico por el interés que os inspira esa querida jóven, cuyo triste estado llorais, y no me lo neg[illegible]

Milord: yo os lo suplico de rodillas, sí de rodillas.... la humillacion del corazon es mi suerte.... el mio se humilla á vos.... no me lo negueis, dejadme cuidar de mi Eleonora. Dejadme probar si los cuidados de la amistad tendrán mejor éxito que el arte de los médicos. Vos no sabeis, Milord, hasta qué punto me ama, y con cuánto extremo me es querida."

—"¿Conoceis la causa del extravío de su corazon?" preguntó el Duque. — "Milord, temo hablar sobre ese punto; pero es probable que el accidente de que hablais provenga de mas que un principio. La mudanza tan repentina de su suerte, los objetos largo tiempo amados por ella perdidos ya, y reemplazados por otros, que á pesar de que sean del todo preferibles, no pueden aun penetrar en su corazon; tales son, yo no lo du-

do, las causas reunidas del desórdén de su espíritu, aumentado acaso por una pasion secreta, á la cual la costumbre ha dado mas fuerza, y que solo puede destruir el tiempo."

El final de este discurso agradó sumamente al Duque, la gracia y energía de la encantadora que le hablaba eran irresistibles. Habia en su aire y en sus modales un no sé qué, á lo que tal vez Jhon hubiera llamado una elocuencia muda que encadena los hombres, y en su figura una combinacion de rasgos tan familiares al Duque, que cuando le suplicó (entonces su corazon estaba enteramente en sus ojos) que la concediese su súplica, el Duque despues de haber examinado escrupulosa y atentamente su figura, en lugar de corresponder á su ruego, la preguntó repentinamente, ¿de qué pais era?

Un vivo carmin coloreó entonces su frente. Sin embargo, bien pronto se disipó su confusion: ella habia confesado ya la oscuridad de su nacimiento, y bien convencida de que los mas severos jueces no podrian reprenderla ninguna de sus acciones, repondió que era de Essex.

"¡De Essex!" respondió el Duque, "¿y qué edad teneis?"—"Veinte años." — "¡Cómo! ¿la edad de Eleonora?" — "Sí, Milord:" é inspirada por un rayo de esperanza, que confirmaron las miradas mas dulcificadas del Duque, le suplicó la permitiese ir á ver á su amiga. "¿Y cómo disculpareis vuestra ausencia en Delworth-Housse? replicó el Duque. No es conveniente que os detengais aquí sin informar á vuestros amigos de dónde, y por qué os habeis detenido. El sol, como veis, va de-

clinando, y no tenemos ninguna relacion con la familia de Gauntlet." Á menos de entrar en un largo detalle, y hacer traicion á Mistress Woudbe, no podia Rosa confiar al Duque como ya en cierto modo habia preparado á Lady Gauntlet para esta ausencia, ó por mejor decir esta fuga, por lo cual guardó silencio; pero el despecho y la pena se pintaron sobre su frente, lo cual observó muy bien el Duque, quien dijo: "yo os confiaria una gran debilidad mia, si estuviese seguro de no comprometerme." Rosa pareció sorprendida y asustada.

"He aquí mi debilidad, continuó él: yo estaba fuertemente prevenido contra vos, á pesar de la estremada belleza con que os dotó la naturaleza: y añadiré francamente que por razones particulares vuestra

visita me habia parecido sospechosa, y mis sospechas, Miss, no estan del todo disipadas. Sin embargo, ese aire de candor y de inocencia que os distingue, vuestra semejanza con la dueña de esta casa, y en fin vuestro aire han debilitado mis prevenciones, ya injustas ó legítimas, aunque yo sé muy bien que los aparatos seductores que os distinguen deben ser la máscara de la astucia y falsedad."

El sobresalto de Rosa se desvaneció, y exclamó: "¡Ah, Milord! ¿si supiereis cuanto me lisonjeais?" —"Sí: vos teneis razon de lisonjearos, si todas vuestras conquistas son tan prontas y tan seguras." —"Así, pues, Milord, yo he triunfado, y vos vais á conducirme al lado de mi amiga." —"No, dijo el Duque despues de un momento de silencio: yo me dejo encadenar como viejo,

pero no engañar. Permitidme que os desee las buenas tardes, yo hablaré de vos á Lady Denningcourt, no la ocultaré cuánto os pareceis á ella, para convencerla de que no soy vuestro enemigo: haremos nuestros planes, y contad que se os dará parte de ellos."

Rosa no tenia otro partido sino aceptar la mano que el Duque la ofrecia, y dejarse conducir al parque, considerando que cuando entró en la casa ya era muy tarde para ir á la aldea, y cediendo á un presentimiento secreto de que segun la conversacion que el Duque la habia prometido tener con Lady Denningcourt, no se vería ella obligada á buscar otro asilo; y así dió una tierna ojeada hácia la casa, y volvió á Delwort-Housse.

Al atravesar el patio para ir á su

cuarto vió mucho carruage, maletas &c. y sospechó, como era verdad, que habia llegado con su comitiva la futura esposa del Lord Delworth.

Apenas hubo subido algunos escalones, cuando la criada que despues de comer la habia entregado la carta de Montreville, la anunció que en vista de la gente que habia llegado, y la que todavia se aguardaba, y que por otra parte habiendo exigido el joven Lord que las criadas de Milord durmiesen inmediatas á sus amas, la ama de gobierno habia mandado que todos los efectos de Rosa se trasladasen de su cuarto á uno de los graneros.

"¡Á un granero!" exclamó Rosa. — "Sí, pero se supone que no estareis allí mucho tiempo."

La primera idea de Rosa fue sa-

lir inmediatamente de aquella casa para evitar nuevos insultos ; pero reflexionando que aguardaba una respuesta que el Duque probablemente no dejaria de enviarla á Delworth-Housse , se resolvió , exponiéndose á cuanto pudiese sufrir , esperar el resultado , y siguió á la criada hasta un aposentillo puesto en lo último de la casa , donde estaba amontonado cuanto quedó en su cuarto. De modo que pálida y casi sin aliento se dejó caer en una silla que estaba junto á la cama.

La criada la dijo , que como no habia comido no era extraño estuviese tan débil ; "pero mañana...."— "¡Mañana! dijo Rósa , yo espero que no pasaré un dia en esta casa."

Rosa jamas habia tenido mayor necesidad de tomar algunos refrescos. Pero aunque su cuerpo no estuviese

menos fatigado que agitado su espíritu, sintió de todo corazon no poder ir á la aldea de Denningcourt; porque no habia parage mas desagradable y odioso que el granero donde se la habia confinado.

La criada volvió con las manos ocupadas. "Ved aquí, dijo, una botella de vino, pan blanco, y algunos vizcochos. ¡Ay Dios! Miss (añadió) toda la casa está llena de alegría, y allá abajo está el ayuda de cámara francés del Lord Delworth, que se burla de una Mistress Fewersham, que acaba de llegar." — "¿Mistress Fewersham está aquí" exclamó Rosa. — "Sí: y yo os aseguro que la quinta parece á la posada de Denningcourt: es la arca de Noe."

En aquel momento entró Mistress Modely, camarera de Lady Gaunt-

let, y arqueó las cejas á vista del vino, la criada y Rosa, y mandó á esta última que la siguiese á ver á su ama.

La singular belleza que distingüia á Lady Gauntlet en una edad, donde todas las mugeres no conservan sino sus restos, solo podia compararse á su talento por la intriga, al cual su larga experiencia habia dado tales fuerzas, que sobre este artículo se habia hecho superior al mismo Sir Salomon Mushroom, aquel á quien mas ódio tenia de todos sus amigos, por razones particulares que el tiempo hará conocer al lector.

El primer aviso que el Conde y la Condesa recibieron de la existencia de su sobrino les fue comunicado por los mejores abogados de la gran Bretaña. Los rosados labios de Milady se abrieron en esta ocasion pa-

ra maldecir la duplicidad de su agente Salomon Mushroom, y á ella misma, si no tomaba una señalada venganza.

El Conde sintió entonces haber rehusado la alianza del mayor malvado que hubo en el mundo. La Condesa con igual sinceridad deseó que el Conde de Denningcourt no hubiese sido jamas introducido en casa de los Mushroom. Á estas reflexiones sucedió la decision de romper el matrimonio proyectado del jóven Lord con Carlota para substituir en su lugar su hijo mayor, pero en esta circunstancia era preciso conducirse con maña, y la Condesa escribió á Sir Salomon manifestándole que deseaba hablarle.

Este profundo político era ya poseedor del secreto, y calculaba el modo con que podria sacar partido del

suceso que se preparaba. En virtud de esto se manifesto sorprendido cuando al llegar á casa de su patron le instruyó la Condesa de las noticias que acababa de saber.

"¿No nos habiais dicho que ese odioso niño habia muerto?" exclamó Milady con aspereza.—"¿Cuándo, Milady?" respondió el caballero con serenidad. — "Ciertamente, amigo mio, añadió la Condesa con dulzura, vos nos habeis dado lugar á concluir....."

Sir Salomon negó friamente la conclusion, y con un respeto infinito se refirió á sus cartas de Filadelfiã.

La costumbre de sonreirse que habia contraido Lady Gauntlet no bastó á disfrazar su rabia al ver esta prueba de bribonada; pero el Conde con su moderacion ordinaria enuncio, como su opinion decidida, que

el honor y el interés de su buen amigo Sir Salomon Mushroom estaban comprometidos tanto como los suyos propios por las reclamaciones de un supuesto heredero.

El caballero acogio esta observacion con tal frialdad que los nobles esposos no pudieron ocultar su sorpresa. Lady Gauntlet hizo terminar diestramente una conversacion en que Sir Salomon tomaba tan poco interés, y entablo otra sobre su hija y el esposo que se la destinaba; pero se admiró nuevamente al ver que respondia con la misma indiferencia.

La Condesa no era muger que se dejase sorprender en punto de supercheria. No conocia á los criados de Sir Salomon; pero á fuerza de intrigas y dinero llegó á ganar á Dorotea Wright, por la que supo todos los secretos del caballero.

Sir Salomon tenia el espíritu demasiado ocupado en negocios harto importantes para acordarse de la confianza ilimitada que en otro tiempo habia tenido con Dorotea Wright; pero la memoria de esta muger no era tan ingrata, y ella no ignoraba que el niño conducido en otro tiempo á América por Mr. Hamson era aquel mismo joven, de quien estaba prendada su hija mayor. Hallando entonces el mayor placer en contrariar todos los caprichos de su viejo amo, y con la confianza de que Horacio tarde ó temprano *suplantaria á alguno*, habia animado á su hija á esperar el regreso de su primer amante. Sin embargo, ésta incitada por el título de Condesa que la ofrecia su matrimonio con el Lord Denningcourt, hubiera olvidado bien pronto á Horacio, si las circunstan-

cias que ya hemos contado no hubieran destruido la esperanza brillante que habia concebido.

Cuando Horacio al regreso de la India llegó á Penrry cercado del fausto y la opulencia, pidió noticias de Rosa con un modo tan altivo, y modales tan elegantes, que las mejillas de Miss Carlota se cubrieron de rubor „ mientras que su padre pareció abismado en la meditacion mas profunda.

El caballero nunca habia perdonado al Lord Gauntlet la accion de rehusar su alianza; y como á menos de un milagro no podia esperar que su reputacion saliese pura y sin mancha del famoso pleito que iba á entablarse, tomó sábiamente el partido de asegurarla, así como tambien la fortuna y los honores de la casa de Montreville, ofreciendo á Horacio

su hija con ochenta mil libras esterlinas, es decir, veinte mil mas que las que habia dado á Lady Lodwer, y ademas algunas pruebas ciertas que debian unirse al dote en el contrato matrimonial.

Habló de esta oferta á su hija, quien no comprendió lo que querian decir *estas pruebas*; pero se lo participó á su nodriza, y ésta mediante un bolsillo bien provisto se la refirió á Lady Gauntlet, quien mejor que ella sabia de lo que se trataba, é inmediatamente se sintió animada del furor de venganza contra el traidor Sir Salomon Mushroom.

Este último, despues de la muerte de Mr. Whittal, creia ser el único depositario del secreto de los Montrevilles, y por esto resolvió ocultarle ó revelarle, segun conviniese á su capricho.

Lady Gauntlet estaba mejor informada. Ademas de Sir Salomon y la comunicativa Dorotea, que ayudaba su furor revelando cuanto sabia, excepto el secreto de la maternidad que era de una gran importancia para sus hijas, habia otras dos personas, á quienes Lady Gauntlet temia sobremanera, y que podian dar contra ellas pruebas positivas.

Mr. Whittal, su pariente de Belfast, habia muerto insolvente á pesar de todos los empleos lucrativos que ella le habia proporcionado. El hijo de este hombre, de una gallarda figura y hermosa talla, se habia presentado al Conde una mañana temprano, cubierto con un mal vestido de luto, sin moneda en el bolsillo, y sin otro medio de proveer á su subsistencia que la posesion de algunos secretos que en la

hora de la muerte le habia comunicado su padre.

Lady Gauntlet obtuvo para este jóven un ventajoso empleo en las colonias, y le dió quinientas guineas para empezar su fortuna; pero ya fuese que el bajel donde debia partir estuviese detenido por los vientos contrarios, ó ya que él no pensase en embarcarse, se quedó en Londres, y allí gastó las quinientas guineas que habia recibido.

En esta situacion, no teniendo mas bienes que *sus importantes secretos*, Mr. Patrick Whittal se presentó de nuevo otra mañana á su pariente el Conde de Gauntlet.

En esta época se hallaba Milord no solamente agitado por la cólera, sino falto de dinero. Sin embargo, despues de algunas horas de reflexion se determinó á adelantarle otras qui-

nientas guineas, y el primo Whittal juro portarse mejor en lo sucesivo.

Debemos atribuirlo menos á él que á su mala estrella si no cumplió su promesa, porque partió de la casa de Milord en una silla de cuatro caballos; pero el viento habiéndose vuelto favorable, el bajel despues de haberle esperado algunas horas, dió la vela dejándole en tierra.

En fin, el jóven estaba actualmente en Londres guardando sus quinientas guineas, y á riesgo de perder el empleo que Lady Gauntlet le habia proporcionado no sin trabajo y dificultades.

De cualquier modo que fuese, de estos dos testigos, que apenas se divulgasen las pretensiones de un legítimo heredero debian levantarse para acusar á Milady, no era Mr. Patrick Whittal el mas temible para

ella: mas si ahora hemòs de dar á conocer el otro, es preciso tomar las cosas desde mas alto.

El lector se acordará de que cuando los médicos desconfiando de dar la salud al último Conde de Gauntlet le mandaron un viage al Mediodia de Europa, Milord escogió la Italia, y llegó á Florencia con su hermano y su encantadora cuñada, actual Condesa de Gauntlet, y se alojó en un magnífico palacio á orillas del Arnó.

El Lord Denningcourt estaba entonces de Ministro en la corte de Toscana, era viudo, y padre de un hijo de diez y seis años. El llegó á ser el admirador de Mistress Montreville hasta el tiempo que el Duque de Athelano, yendo á establecerse en Florencia y á las orillas del Arnó, los encantos de Lady Eleono-

ra, sus gracias y virtudes le dejaron insensible para toda otra belleza. Esta era una de las injurias que Mistress Montreville nunca perdonaba.

Sin embargo, aunque las damas parecia que no congeniaban, el Duque no dejaba de ir algunas veces á casa del Lord Gauntlet, cuya salud era deplorable. Bien pronto conoció que la cordialidad con que primero habia sido recibido otras veces se habia mudado en una fria reserva: ya estaba casi para cesar en sus visitas, cuando un dia se oyeron en el palacio del Lord Gauntlet gritos de muchas personas que pedian auxilio, y el Duque salió precipitadamente del suyo para correr al parage de donde salian las voces.

Halló en el salon á Mistress Montreville pálida, desordenado el vestido, y lanzando terribles imprecacio-

nes contra la vil infame asesina. Penetró en lo interior de los cuartos, y viendo al Conde herido en los brazos de su hermano, y cerca de ellos una hermosísima muger, cuyos ojos negros animados por el furor brillaban con el fuego de la venganza: sus mejillas estaban pálidas, sus labios descoloridos, y parecia ya ser ella misma casi víctima de la muerte. Al Duque dijo el heredero: "¿sois vos? ¿teneis la bondad de venir en mi auxilio en tan fatal momento.... á consolarme.... á interponer vuestra presencia entre mi alma y el fin mas desastrado? Yo estoy herido, y en mi debilidad conozco que no tengo esperanza de librarme de la muerte; pero sed testigo de lo que declaro.... Esta muger es mi esposa legítima.... Yo la he llenado de ultrajes, yo he causado su ruina. Yo he merecido la

muerte que su mano acaba de darme. Milord, ella es inocente.... yo conozco vuestros principios. Prometedme protegerla: librarla de la venganza de las leyes: ella es virtuosa y del mas ilustre nacimiento. Prometedmelo, Milord, y moriré en paz."

Los ojos de esta muger estaban fijos sobre su víctima, y cuando concluyó estas palabras, ella dió un grito, y fue acometida de violentas convulsiones.

Los cirujanos deseaban que se alejase de allí aquella muger, y Mistress Montreville se preparaba á ayudar á los criados á sacarla fuera de la sala. Á esta escena el Conde se agitó de tal modo que borbotones de sangre salieron de sus heridas. "Deteneos, exclamó él: no la toqueis. ¡Oh, Duque de Athelano! ¿quereis aerme espirar infeliz y desesperado?

Vuestra misma Eleonora no es mas pura."

El Duque de Athelano era uno de aquellos ingleses, que en todas partes son el honor de su patria. Su palabra era sagrada, y así no la empeñaba nunca sino despues de un maduro examen; pero las violentas agitaciones del herido, el doloroso estado de la bella desconocida que estaba delante de él, y el recuerdo de los tristes sucesos, que habian destruido la paz interior de su familia, le conmovieron hasta el fondo de su alma. No solamente prometió proteger á aquella desgraciada, sino que como el Conde no cesaba de repetir: "quitadla de aquí en nombre del cielo, quitadla de aquí, él la hizo conducir á su palacio, donde la siguió apenas pusieron el primer aparato al herido.

. .

La alma dulce y sensible de Eleonora volaba siempre al encuentro de los desgraciados ; y la bastaba ser testigo de las penas de aquella desgraciada extrangera , para prodigarla los mas tiernos cuidados. Pero cuando aquella infeliz recobró el uso de sus sentidos , y la fue posible contar sus desgracias , entonces su causa pareció ser la misma que la de la humanidad , y el ardor inquieto con que el Duque deseaba protegerla , cedia apenas al de su marido atormentado por los mas crueles remordimientos.

Eugenia , habiéndose presentado al locutorio del convento de la Merced , reconocio á pesar del amistoso recibo de la abadesa , que acababa de ser víctima de una astucia infernal , que no habia tenido otro fin que separarla de su hijo. Ningun

motivo, ni alguna de cuantas brillantes ventajas se la ofrecian fueron capaces de detenerla un solo momento en Lisboa apenas halló barco para volver á Inglaterra.

Don José Alvarez, que aun no se habia ligado con los lazos del matrimonio, hubiera cedido con gusto sus pretensiones á la herencia de Don Felipe, si Eugenia hubiese tenido la condescendencia de evitar un paso ruidoso que hacia conocer que no era mas que una esposa abandonada; pero ella era demasido franca para usar de disimulos, y por otra parte el testamento que la desheredaba no era equívoco, y ella atribuía todas sus desgracias á su fatal desobediencia.

En medio de las violentas angustias que la hacia probar la incertidumbre en que estaba de la suerte de

su hijo, fue únicamente á los cuidados de la abadesa, á lo que debió la libertad de volver á Inglaterra.

La buena y sensible abadesa, despues de haber convertido en letras sobre Londres todo su oro y sus joyas, de que podia disponer, las hizo colocar por una religiosa confidenta suya en el corset de su querida sobrina, y la desgraciada Eugenia, cubierta así de los tesoros portátiles, se embarcó en una nave que dio la vela á Falmouth.

La impaciente Eugenia voló á Holy-Ash, y le halló arruinado. Allí supo que su hijo habia sido llevado á Londres por Mistress Littleton y Mr. Hamson su amante. Ella les siguió; tomó varios informes, y en fin se resolvió á ir á buscar á Mr. Hamson en Belfast; pero no halló sino á Mr. Whittal, quien nada pudo de-

cirla sobre el objeto de sus inquietudes.

Ningun fruto sacó Eugenia de su viaje á Belfast, y solamente supo que su marido habia sobrevivido á todos sus primos, que era Par de la Gran Bretaña, y tan enamorado de su cuñada, que probablemente sus sobrinos heredarian á un mismo tiempo su fortuna y sus títulos.

El corazon de Eugenia quedó despedazado. Acababa de penetrar el fatal misterio de su hijo; ¡su querido hijo separado del seno paternal, á fin de que unos indignos usurpadores pudiesen gozar en paz de sus bienes y sus títulos! Fuera de sí misma pasó á arrojarse á los pies de su padre, y fue rechazada de ellos. Entonces, despues de haber bendecido la prevencion de la abadesa, quiso desde aquel mismo dia embarcarse

en un bajel que iba á Italia : pero el cuerpo de la desconsolada Eugenia, sobrecargado del peso de sus dolores, no pudo resistir largo tiempo á tan terribles agitaciones, y fue atacada por una violenta fiebre. La muger que la servia aprovechó esta circunstancia para robarla cuantas joyas y vestidos tenia.

Vuelta en su acuerdo, como la habia quedado su precioso corset, pareció hacer tan poco caso de su pérdida, que las gentes de la posada no pudieron contener su admiracion, y sintieron redoblar su respeto hácia una muger que tenia sin duda inmensos recursos, y al mismo tiempo un gran desprecio por los bienes de la tierra. Su viaje fue corto.

Informada por un banquero de Belfast del sitio donde el Lord Gauntlet habia fijado su morada, fue á

Florencia al otro dia de su llegada á Liorna, y se apeó á la puerta del palacio que habitaba el Conde. Se precipita, sin hacerse anunciar, en el salon: penetra hasta el cuarto donde su marido y su bella cuñada descansaban despues de haberse paseado en los hermosos valles que riega el Arnó. Las pistolas del Conde, segun el uso de los Irlandeses, que nunca salen sin armas, estaban puestas delante de él sobre una mesa.

La honorable Mistress Montreville dió un grito, y el Lord Gauntlet se estremeció de pies á cabeza al ver á Eugenia, á quien habia tan cruelmente maltratado. El desórden de sus vestidos, el furor que la animaba, el fuego que salia de sus ojos, y el ardor con que pedia la devolviesen su hijo petrificaron al uno, y admiraron á la otra: la inocente y

altiva Eugenia no se dignó ni aun mirar á la indigna compañera de su infiel esposo. La dolorosa angustia de una madre, y madre tan tierna temblando por la suerte de un hijo querido estaba impresa en todas sus facciones, y con gritos terribles pedia su hijo, aquel hijo que unas bárbaras manos le habian arrebatado.

Mr. Montreville entró, y quiso interponerse entre el Conde y la desconsolada Eugenia.

"Guardate, exclamó ella con el acento del mas vivo dolor, guárdate de ponerte entre una madre abandonada y un vil, cuya bárbara conducta ultraja la naturaleza: habla, ¿quien eres?" — "Yo soy hermano de Milord, y esposo de esta dama," respondio altivamente Montreville.— "¡Ah! exclamó Eugenia, pálida como un cadáver, ¿tú eres su herma-

no, y esa es tu muger? ¡Ah, hijo mio Horacio, mi querido hijo, único tesoro de mi existencia! ¡Oh, padre desnaturalizado! ¿qué has hecho? responde: sálvame de la desesperacion. ¿Callas? ¿Mi hijo ha sido asesinado? ¿No oiré yo mas su dulce voz? ¡Oh, Montreville, ten piedad de Eugenia! vuélveme á mi hijo: yo te lo perdono todo, y rogaré al cielo por tu felicidad." — "Vos delirais, Eugenia: yo no puedo responderos." — "¡Oh! exclamó Eugenia cogiendo una de las pistolas: ¿tú no puedes?" — "Que está cargada," gritó Mistress Montreville huyendo fuera del cuarto.

Mr. Montreville habia cogido la desesperada mano con que tenia la arma fatal vuelta ya contra su pecho. En esta agitacion sale el tiro, el Conde da un profundo suspiro, y

caè en el suelo. Eugenia horrorizada se desmayó á sus pies.

Al dia siguiente se creyó que el Conde tocaba el término de su vida. Eugenia pasó este dia postrada contra el suelo implorando al cielo; pero no sucedió lo mismo á la bella Mistress Montreville: fue al palacio Pitti, y la belleza, las lágrimas, la elocuencia, todo lo puso en movimiento con tanto éxito, que una persona favorita del Gran Duque pintó al Príncipe esta cruel aventura con tan desventajosos colores, que obtuvo la órden de arrestar á Eugenia; lo que se hubiera verificado, si el Lord Denningcourt no hubiese sido avisado con tiempo.

Eugenia no temia la muerte, pero la idea de un suplicio ignominioso, y del deshonor que resultaria sobre su venerable padre, y tal vez

sobre su hijo (si aun vivia) la hicieron estremecerse de horror.

El Lord Denningcourt tenia demasiado deseo de agradar á la bella Eleonora para no interesarse por Eugenia, cuya cruel aventura habia llenado de angustia su corazon. Él tenia siempre un yacht á sus órdenes: llevó precipitadamente á él á aquella madre desventurada, y cuando los guardias del Gran Duque fueron á buscarla al palacio del Lord Athelano, ya estaba á mas de dos millas de Florencia.

Una sonrisa de la bella Eleonora fue para el Lord Denningcourt la mas dulce de las recompensas. Los ojos de la encantadora hija del Duque de Athelano, hasta entonces llenos de lágrimas, brillaron con un rayo de alegría, tal como se vé un rayo del dia vivificar la naturaleza, y espar-

cir una dulce luz al través de las lágrimas de la aurora. El Conde que temblaba por la suerte de la triste Eugenia , se conmovió tanto al saber esta noticia , que en pocos instantes los síntomas se hicieron mas favorables , y dentro de breves dias estuvo fuera de peligro.

El bueno y sensible Duque de Athelano concibió la esperanza de verle reunido á su desventurada esposa; pero las disposiciones del hombre vuelto á la vida y á la salud se diferenciaban sobremanera de las de aquel hombre que antes habia visto la muerte tan inmediata. Los remordimientos y planes de reforma que los dolores habian arrancado al Conde cuando creia tocar el terrible momento, que para todos los hombres es el momento de la verdad , se desvanecieron delante de los encantos y tiernas

ojeadas de Mistress Montreville, así como un edificio de hielo levantado durante los frios del invierno se funde y desaparece á los primeros rayos de la primavera.

La noticia del naufragio del yacht, que debia poner á Eugenia en Leith, y que acababa de estrellarse en las costas de Escocia, donde todos los pasageros habian perecido; esta terrible noticia, repito, que llenó de dolor al Duque y la Duquesa, no pudo debilitar las cadenas que cautivaron al fragil Conde durante el resto de su vida.

Este hombre, que jamas habia sido feliz, ni hecho la felicidad de nadie, arrastrado por su moderna Cleopatra, fue á morir á Nápoles: su cuerpo se transportó á Irlanda, y fue enterrado con una pompa conforme al brillo de su casa.

Mistress Montreville, orgullosa de haber salido con bien despues de tantas penas é intrígas, tuvo la gran satisfaccion de verse Condesa de Gauntlet.

Poco sensible al secreto desprecio que al través de las urbanidades de estilo la manifestaba la bella Eleonora Athelano, ya Duquesa de Denningcourt, ella se limitó á hablar con el mayor respeto de una muger, á quien todo el mundo admiraba; pero cuando el jóven Horacio Montreville reclamó sus derechos fue cuando la Condesa comenzó á temer la memoria de Lady Denningcourt. Es verdad que ya no existia el Duque de Athelano: sin embargo, el difunto Conde de Gauntlet habia testificado en su presencia la legitimidad de su union con Eugenia; y si el testimonio de su hija era insuficiente á los

ojos de la ley, podia por lo menos influir en la opinion del público; que desde tan largo tiempo ella se habia dedicado á engañar con arte.

Ya la artificiosa Condesa pensába en los medios de librarse de la vergüenza, digno precio de tantos crímenes, y hacer que recayese sobre sus cómplices el peso de la infamia que la amenazaba, cuando un testigo mas terrible salió del fondo de las aguas á quitarlos para siempre el fruto de sus culpables usurpaciones.

El abogado del Conde la escribió la terrible nueva de la resurreccion de Eugenia; que se creia sepultada en el fondo del mar, y su regreso á la casa paterna con el auxilio del honrado Mr. Adderley. Apenas ella habia leido esta fatal carta, cuando una segunda la trajo otra noticia no menos inesperada; y fue

que el sacerdote que habia casado al difunto Conde estaba precisamente en la quinta del Almirante Herbert. Entonces la seductora y artificiosa Condesa conoció que no tenia que perder un instante: reunió sus amigos, sus poderosos amigos, sus numerosos administradores, los declaró que ella y el Conde, engañados por la supuesta muerte de un sobrino, cuyo destino ignoraban, estaban dispuestos á resignar sus bienes y sus títulos apenas él pudiese mostrar á los ojos de la ley la legitimidad de su existencia; aunque por otra parte este sacrificio debiese reducirlos á la mayor indigencia.

¡La divina Condesa de Gauntlet, tan seductora y bella, privada de toda su grandeza, y reducida á la indigencia! ¡Qué cruel, que detestable idea! Todos la prometieron in-

teresarse en su suerte, y obtener otro título para su marido, la conservacion de sus empleos en palacio, y en una palabra ampliar recompensas de las pérdidas que la amenazaban.

Sir Salomon Mushroom habia sufrido al principio la negativa mas humillante cuando propuso el matrimonio de su sobrina con el Lord Delworth; pero Lady Gauntlet, viendo que á pesar del zelo de todos sus amigos no habia podido proporcionarse el dinero de que necesitaba, consintió en que el Conde volviese á abrir estos tratados. La union del Lord Delworth y de la sobrina favorita de Sir Salomon quedó decidida mediante un dote de ochenta mil libras esterlinas.

El caballero Mushroom no ignoraba que era el depositario de los mas importantes secretos de Milady;

pero él mismo estaba demasiado interesado en callarlos, para que se pudiese sospechar de su discrecion. Á pesar de esto la bella Condesa continuó en lisonjearle hasta que se concluyese el matrimonio. Sin duda no extrañaremos que con semejante caracter, y esta perpetua sed de venganza, sintió al mismo tiempo la necesidad de hablar de ella á algunos fieles confidentes. La débil y vil Mistress Woudbe era precisamente el ente que la pareció mas propio para semejantes consuelos, y si se habia determinado á llevar á Rosa á Delwort-Housse habia sido para mortificar á las Mushroom; pero ¿cuál fue su sorpresa cuando descubrió en Mistress Woudbe (á quien por otra parte ella era demasiado prudente para descubrirla cosa que arriesgase su reputacion) la muger que esperaba su-

cederla en sus bienes y títulos?

Mistress Woudbe, hallándose una noche en un palco del teatro, y sin su marido (cosa bastante extraordinaria) se asustó tanto por una disputa acalorada que se trabó á la espalda entre algunos jóvenes atolondrados, que se vió obligada á ceder á la moda, y desmayarse. Bien pronto recobró sus sentidos por los cuidados de un gallardo jóven, en cuyo favor se rebeló su corazon contra.... '

Como este adonis llevaba escarapela debia ser por lo menos capitan: le preguntó su nombre con una languidez estudiada, y supo se llamaba Horacio Montreville, hijo único del difunto Conde de Gauntlet, y empleado en seguir un pleito en la Chancillería contra el actual Conde.

Es preciso confesar que este jóven poseía tan bien las anécdotas de su

familia, y por otra parte era tan bien formado, tenia ojos tan expresivos, que la fue imposible á Mistress Woudbe dudar de la legitimidad de sus derechos.

Pero no hay ningunos tan asegurados, que á pesar de la incorruptibilidad de la Chancillería, no necesiten (como dicen algunos) de ciertos auxilios pecuniarios, sin los cuales las conciencias estan muy á pique de ser mal informadas. Mistress Woudbe prodigo pues á su amigo las sumas que aseguraba necesitaba para salir airoso de tan importante negocio, en virtud del sagrado empeño que contrajo con ella de hacerla Condesa de Cauntlet apenas llegase á recobrar sus títulos usurpados.

Es inútil añadir que la prudente Mistress Woudbe se dispensó de comunicar este episodio, de los medios

auxiliares cuando por reprocidad de confianza la contó esta historia.

Tales eran las relaciones que entonces existian entre las dos damas; y así no debe admirarse que la pobre Rosa, que tan inocentemente habia excitado los zelos en el corazon de la vengativa Condesa de Gauntlet, fuese inhumanamente sacrificada, á pesar del gusto de Milady á sus inocentes caricias, y las expresiones de la franca admiracion á ella.

CAPITULO IV.

Rosa obedeció á la imperiosa órden que la habia significado Mistress Modely, y la siguió al salon, donde se hallaban reunidos todos los habitantes de la quinta.

Como habia cambiado de direccion la política de la señora de la casa, que habia gozado un tan delicioso placer en preparar la mortificacion que Sir Salomon y sus bellas sobrinas hubieran sufrido sin duda viendo cerca de ellas la dulce é interesante Rosa reunir todas las ventajas de la belleza á todas las de una favorita, á excepcion del Conde, toda la familia de Gauntlet, Sir Salomon, su sobrina, Mistress Feversham, Lady Emilia y Mr. Brundnel habian sido reunidos para ser testi-

gos de la humillacion de Rosa.

Sir Salomon se colocó en un gran sitial al lado de la Condesa, Mistress Feversham á su izquierda, Miss Mushroom, elegantemente vestida, se ocupaba en formar un ramillete mientras que su amante jugueteaba alegremente á su lado. En un sofá al frente de la Condesa estaba el Lord Delwort, el Mayor, Lady Emilia, sus tres hermanas y Madama la Roselle: mas lejos Mr. Brudnel con una cártera en la mano, que no cesaba de revolver cuando entró Rosa. La dulce criatura no pensaba encontrar una sociedad tan brillante: deslumbrada por el resplandor de las bujías quedó tan turbada que estuvo para volverse. La alteracion de su semblante, efecto de las agitaciones del dia, sus cabellos desordenados, la excesiva sencillez de su vestido, y el

abatimiento de sus miradas formaban un contraste sumamente agradable á los que la miraban con zelos ú ódio.

Lady Gauntlet paseó sus ojos sobre toda su persona con un aire de resentimiento tan vivo, que fue imposible á Rosa no intimidarse.

"¡Dios mio! exclamó Mistress Feversham, ¿será posible que esta sea aquella jóven? Sí: á la verdad es ella misma con su viejo vestido negro. Por mi honor, que yo pedia á Dios por vos, y temia que el Lord Denningcourt no os hubiese detenido en su maldita quinta, y estoy contentísima de ver que no habeis sido tan insensata."

Los ojos de la Condesa lanzaron entonces miradas de indignacion hácia Rosa que se adelantaba muy despacio,

"Deteneos ahí, Miss," dijo ella con un tono imperioso, y dirijiéndose á Sir Salomon añadió: "si yo hubiese creido á esta jóven digna de mi proteccion, estoy cierta de que la hubierais concedido la vuestra. Pero, mi querido Sir Salomon, y vos mi amable Carlota, ¿cómo me justificaré para con vosotros de haberme dejado prevenir así en su favor por la superchería de ese miserable Lord Denningcourt?"

—"¡Superchería!" repitió Mistress Feversham, mirándose los bonitos brazaletes que tenia puestos. "¡Oh! yo confieso que jamas he conocido semejante caracter: es preciso convenir que es un hombre bellísimo, y que entre todos los jóvenes de cualidad que conozco es el que tiene mas hermosa cabeza y dientes mas blancos."

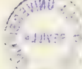
El Lord Delwort y el Mayor bajaron la cabeza.

"Eso es muy político, señora," interrumpió Miss Mushroom.—"¡Político! Miss, yo espero que no falto á la política, y creo saber algo del trato de gentes."

Sir Salomon, aunque acostumbrado á semejantes debates, no se divertia en éste, y suplicó á Lady Gauntlet que continuase.

"La hermosa cabeza y dientes de Lord Denningcourt, repitió sonriéndose Lady Gauntlet, parece que han hecho en Mistress Feversham mayor impresion que la que nunca hicieron en mí,"

La prudente amiga de Sir Salomon no estaba acostumbrada á dejar pasar ningun dicho satírico; y así respondió que lo sentia; pero que de esto ni ella, ni el Lord Den-



ningcourt tenian la culpa.

"Seré yo quien la tenga", respondió friamente Milady; pero dejemos las perfecciones del incomparable Lord. Yo confieso, continuó, que he faltado al respeto que me debia á mí propia, así como á mi amigo Sir Salomon, tomando bajo mi proteccion una persona vil y artificiosa, y recomendándola á una de las mugeres mas apreciables que hay en el mundo, para que fuese su compañera y su sociedad diaria."

Esta palabra sacó á Rosa de su éxtasis.

"Esta muger es Mistress Woudbe, continuó Milady. Sir Salomon, vos conoceis á Mr. Voudbe Pormant-Square, ese inglés tan acaudalado." —"Tio, dijo Miss Mushroom, nosotros fuimos á su baile de máscara con la Condesa." —"Yo me acuerdo

muy bien, replicó el caballero Mr. Woudbe, creo que es uno de los miembros de nuestra cámara, y me parece me acuerdo de haberle oido hablar con mucho talento: ¡oh, perfectamente!"

Sir Salomon no podia acordarse de un hecho que no existia. El honorable Mr. Woudbe no era miembro del parlamento; pero como el error del caballero añadia lustre á su nombre, no se le contradijo, y Milady continuó: "por esta noche estamos privadas de la compañía de mi pobre amiga por una indisposicion que le ha causado la desarreglada conducta de esta jóven."

Rosa sintio entonces renacer una parte de su valor, y dirigio algunas miradas a la bella Condesa.

"Mistress Woudbe, repitió Mistress Feversham, ¡ah! yo la conoz-

no demasiado para creerla tan afectada de la conducta de otra persona, cuando es insensible á su propia vergüenza. Seguramente Milady quiere chancearse." — "¡Yo, Mistress Feversham!" — "En verdad, Milady, vos estais precisamente en la situacion de Mistress Woudbe." — "¡Dios mio! señora...." Interrumpió Milady con un movimiento de impaciencia. — "Por favor, Milady, contestó la Feversham, ¿qué ha hecho esta pobre para que Mistress Woudbe se haya afectado tan vivamente?" — "Yo me avergüenzo de decirlo.... pero ¿qué pensariais vos, Mistress Feversham, de una jóven que se hubiese ausentado, y hubiera pasado una noche en casa de un hombre tal como el Lord Denningcourt?" — "Yo diria.... lo que ya he dicho, que eso sería una locura?" — "¿Y vos no seriais

afectada por ello?" — "Poquísimo: porque Miss Walsingham...."—"¡Walsingham! interrumpió Miss Mushroom, ciertamente, señora, vos teneis demasiada malicia: yo me atrevo á decir que sabeis perfectamente su nombre." — "En ese caso: dijo Sir Salomon, ella sabe mas que yo." — "¡Sir Salomon!" exclamó Lady Gauntlet. — "Mi tio, continuó Miss Mushroom, no sabe su verdadero nombre, pues aunque el Coronel Buhanum la permitió llevar su nombre, solo el médico de la aldea conoce á su verdadera madre." — "¡Buhanum! exclamó Mistress Feversham, ¿será posible? Dejad que os mire bien, hija mia.... Ciertamente es ella: no hay en el mundo dos figuras como esta. Yo no sé cómo antes no la he conocido. Esta es la hermosa pordiosera. Yo me acuerdo de que me pa-

reció un ángel cuando la vi en Mount-Pleasan. Pero ¿por qué habeis mudadado de nombre? Esto es malo, malísimo." — "Esa es una vagatela en comparacion de sus restantes faltas, dijo Lady Gauntlet; pero yo no descubro su conducta sino para castigarme á mí propia de mi gran credulidad, y expiar la falta de respeto que tuve á mi amigo Sir Salomon protegiendo contra su opinion esta jóven."

El caballero convino en que efectivamente era la única cosa que le habia sorprendido; pues en cuanto á la pobre jóven, ¿qué podia esperar de ella? Se la habia sacado de la mendicidad para transformarla en una señorita, y ella volvia á sumirse ahora en su primer abandono. Los vicios de sus padres eran en ella innatos, y por consecuencia incura-

bles. Los elegantes modales que habia adquirido no eran sino la máscara seductora de la bajeza de sus inclinaciones. "Yo lo siento por ella, continuo Sir Salomon; pero no puedo comprometer á una persona de rango é importancia de Mistress Woudbe en proteger á una criatura de esta especie: mas yo creo, señores, que tal vez no os opondreis á que se eche un guante en favor de esta pobre joven. Yo estoy pronto á dar una libra esterlina." — "Seguramente" exclamo el Mayor, despues de haberse levantado, y meneando en su sombrero una guinea la presento al Lord Deworth, quien siguio generosamente su ejemplo: y despues habiendo recogido la limosna de Sir Salomon, se lo presento todo a Rosa, quien sin manifestar la mas ligera emocion le aconsejo con serenidad que guar-

dase aquel dinero para él mismo, á fin de empezar á formarse un capital que pudiese socorrer algun dia las necesidades de su propia familia.

Lady Gauntlet, que apenas pudo contener la cólera que excitó en ella este sarcasmo, no respondió sino con una ojeada de desprecio.

"¿Teneis algunas órdenes que darme, Lady Gauntlet?" preguntó Rosa sin dignarse observar su gesto.— "¿Teneis tanta prisa, Miss? Basta una visita por dia á esa hermosa quinta. Tened cuidado; pues alguna vez podeis ser víctima de una prisa tan decidida." — "Es posible, Milady, que vuestros propios intereses os hayan obligado á hacer esta observacion: por mi parte, sino teneis que mandarme, permitidme que me retire."

Rosa inmediatamente habia dado

esta picante respuesta, y Milady se puso colorada.

Miss Mushroom se admiró de su entereza.

Madama la Roselle y sus jóvenes discípulas salieron: el respetable Mr. Brundnel estaba en pie, y pronto á echar de la sala una criatura tan atrevida como Rosa; pero ella se disponia a evitarle este trabajo, quando Lady Gauntlet la dijo que se detuviese, y mandó á Mr. Brundnel que cerrase la puerta.

"Yo tengo tanta lástima de vos, que quiero evitar vuestra última ruina. He dado órden de que se prepare una silla para conduciros á la primera posta del camino de Londres, y un criado os acompañará todavia mas lejos. Vuestra ropa me han dicho que está pronta." — "Es una oferta muy generosa," exclamó Mis-

tress Feversham. — "Milady es demasiado buena," añadió Miss Mushroom. — "Milady tiene atenciones con todo el mundo," dijo Mr. Brundnel con una sonrisa de aprobacion.

Sir Salomon dijo que rogaba á Dios que no tuviese motivos de arrepentirse ; pues él conocia muy bien las disposiciones de una miserable de aquella especie , y no aguardaba sino insultos en pago de beneficios.

Rosa al principio fue deslumbrada con esta oferta : y si los discursos de Milady sobre la pobre Mistress Woudbe , y la causa de su enfermedad , no hubiesen llagado su corazon , tal vez hubiera concedido algun crédito á la exactitud de sus motivos , porque su ausencia y detencion en casa del Lord Denningcourt necesitaban ciertamente de alguna explicacion , y como se la ha-

bia visto encaminarse hácia el parque de Denningcourt, era muy natural inferir que segunda vez habia ido á la quinta; pero existia aun cierto obstáculo que la impedia separarse de aquellas inmediaciones, pues el mas vivo deseo de su corazon era asistir á Eleonora. Las últimas palabras del Duque la hacian concebir esperanza de ser admitida en casa de Lady Denningcourt. Él habia prometido responderla, y nada podia obligarla á partir hasta que por aquel lado estuviese decidida su suerte.

"Estais muda, Miss," exclamó la Condesa con un exceso de indignacion, que no podia ocultar á pesar de todos sus esfuerzos por sujetarse.—" No, Milady (respondió Rosa) yo reflexiono sobre la gracia que quereis dispensarme: pero...." —" ¿Cómo, pe-

ro? ¿Vos no aceptais mi oferta?"— "No por esta noche, Milady." — "Es decir, hasta que hayais recibido noticias del Lord Denningcourt: ¿no es así? dijo la Condesa con un tono de rabia; pero vos no lo vereis, ni podreis dirigirle vuestras cartas: no tendreis mas alimento que pan y agua; y nadie de casa se atraverá á hablaros." — "¡Encerrarme! Lady Gauntlet; ved un extraño modo de defender mi honor: ¡cuánto me asustaria si no os conociese! Yo no ignoro, Milady, que no está en vuestra mano, ni en vuestras facultades encerrarme, y que no os atrevereis á hacerlo."

Sir Salomon observó entonces que si se hallase en el lugar de Lady Gauntlet, se atreveria á hacer cuanto se le antojase.

"Sir Salomon, respondió Rosa,

ya me habeis dado una noble prueba de vuestra audacia." — "¿Cómo es eso, amiguita? ¿qué quereis decir?" — "Vos habeis hecho lo que un hombre de honor no se atreveria á hacer. Vos habeis faltado á vuestra palabra." — "Es una falsedad, exclamó el caballero, mi palabra es tan buena como el banco." — "Lo pensareis así: mas por mi parte no ignoro que habiais prometido protejerme, y hay aquí personas que saben que hubierais podido cumplir vuestra promesa sin haceros ningun perjuicio." — "¡Dios mio! jamas he visto audacia semejante, dijo Miss Mushroom á su amante; esa muchacha ahora quiere atacar á mi tio." — "Que se guarde de eso," gritó Sir Salomon con aquella voz con que tantas veces habia hecho temblar á Rosa. — "Muy bien, dijo Mistress

Feversham, esta jóven tiene espíritu: cuanto mas la considero, mas advierto que se parece á lo que yo era hace algunos años; pero vamos, hija mia, Lady Gauntlet conoce mejor el mundo que vos, y aun tal vez mejor que yo: no os olvideis de la tendera, los Watchmens, mis lecciones, y sobre todo el respetable Mr. Jeremías Metal Bronce: en todas partes encontrareis semejantes gentes, y os puede suceder dar en sus manos en parajes donde no tendreis Lord Denningcourt que os proteja: tomad mi consejo, y aceptad la oferta que Milady tiene la bondad de haceros."

Rosa la dió las gracias; pero añadió que como en todo lo que se la decia no habia cosa que pudiese pertenecerla sino la bajeza de su orígen, era imposible á nadie pronun-

ciar sobre lo que pudiese convenirla. "Por lo demas, añadió, yo estoy pronta á dejar á Delworth House." — "¿Y volver á Denningcourt, no es así Miss?" — "Señora, dijo Lady Emilia, ¿qué nos importa que vaya donde vaya? Todo lo que podemos hacer es compadecerla, y darla consejos: si es insensible é ingrata, ella lo padecerá; pero ¿por qué nuestra felicidad ha de perturbarse por su locura.

Lord Delworth se unió á su hermana, y Miss Mushroom, no sin pena, dejo caer una lágrima.

Las peregrinas facciones de Lady Gauntlet tomaron otra vez el aire de serenidad y bondad: abrazó á su futura nuera, pidió perdon á los presentes, y aun se justificó á los ojos de sus hijos; pero sin embargo insistió en que no se dejase partir á

Rosa hata que Mistress Woudbe la hubiese dado su permiso.

"¡Mistress Woudbe! exclamó Rosa: ella evita verme, y no tiene que tratar ningun negocio conmigo."— "¡Ninguno! repitió Lady Gauntlet, ¿pues no os habia entregado sus joyas?"— "¡Sus joyas! ¿me entregó jamas cosa de tal importancia?"

Lady Gauntlet habia avanzado mas de lo que queria; pero no teniendo por conveniente retroceder, añadió: "en hora buena, Miss; pero conviene que os dé un descargo." — "Basta, dijo Sir Salomon; y por poco que ella replique yo me hago encargo de este negocio con Milord, y la hago poner en la cárcel."— "¡Ponerme en la cárcel, Monsieur!" "Sí, Miss, en la cárcel del condado, ó en cualquiera otra."—"¿Podeis hacerlo, Monsieur? En este caso

el cielo me defienda, porque es indudable que lo hareis."

Rosa hasta entonces habia sostenido su valor; pero aunque jamas habia descansado tanto sobre su inocencia, esta última amenaza la llenó de terror. La idea de verse sola, abandonada á merced de Sir Salomon, de Mistress Woudbe y otras personas de esta calaña, y acaso ser conducida á la cárcel, esto era superior á sus fuerzas. Procuró en vano ocultar su emocion, y se retiraba á pasos lentos de las personas á quienes empezaba á temer, cuando un criado, corriendo y casi sin aliento, anunció la llegada del Duque de Athelano.

La Condesa, espantada con su crímen, se dejó caer sobre un sitial, olvidando entonces que el Duque de Athelano, á quien tanto temia, no

tenia prueba alguna contra ella.

Lady Emilia, que estaba perfectamente educada, se adelantó con el Lord Delworth á recibir al Duque.

Mistress Feversham se hizo toda un puro cumplimiento: Sir Salomon hizo cincuenta cortesías, cada una mas profunda que la anterior, y Miss Mushroom volvió á ponerse á colocar sus flores.

Rosa, agitada de temor y de esperanza, estaba cerca de la puerta, clavados los ojos en el Duque, cuyo semblante la pareció entonces superior al de un mortal. Pasados los primeros cumplimientos, y cuando cada uno tomó asiento, viendo que se la dejaba en pie, sin que nadie hiciese caso de ella, á pesar de que se veía el blanco de todas las miradas, fue á colocarse cerca de la puerta, y su emocion fue extremada.

Lady Gauntlet recobró su elocuencia al volver de su desmayo, cumplimentó al Duque, se informó de la salud de Lady Denningcourt y de su familia, y pareció otra vez la amable y encantadora Lady Gauntlet.

En aquel momento con gran sorpresa de todos se vió entrar á Mistres Woudbe vestida con elegancia, aunque al desden. Ella estaba afligida por su situacion; pero no teniendo enfermedad efectiva, no podia resolverse á pasar la noche y el dia en cama: su propia compañera la era insoportable; y como nadie tenia valor para ayudarla á llevar aquel peso, apenas supo que el Duque estaba en el salon, cuando se resolvió á ir tambien diciéndose á sí misma: ¡ah, si tuviese á lo menos mis queridas joyas, no echaría tanto de menos al traidor!"

Pasó por delante de Rosa afectando compadecerla, y Sir Salomon se apresuró á ofrecer su silla á la esposa de un hombre que poseia inmensas riquezas.

Despues de un movimiento de silencio, el Duque confesó que no sabia cómo excusarse con Lady Gauntlet de una visita importuna y fuera de ocasion.

Lady Gauntlet respondió: "el Duque de Athelano jamas puede ser importuno." — "Paréceme, Milady, continuó el Duque, que ya sabreis cuán afligidos estamos todos con la indisposicion de una jóven parienta." — "Seguramente, Milord Duque," (dijo Mistress Feversham, llena de vanidad, y orgullosa con la proporcion que tenia de hablar á un señor del primer órden, aun cuando él no la dirigia la palabra): "todo el mun-

do ha sabido la desgracia de la pobre Lady Denningcourt, y como todo el mundo sabe que es la mejor de las mugeres, todo el mundo la compadece en extremo. Yo pienso que os habreis valido del Doctor Willy...." — "Yo preferiria á Mouro, dijo Mistress Woudbe: ya sabeis que es el médico de Bedlam, y así por esto...."

Como un rayo fueron estas razones para el Duque, pues deseaba sepultar en el silencio aquella desgraciada enfermedad, y habiendo recomendado el secreto á los criados, los creía mudos en este punto. En cuanto á los gefes de la casa, él no podia formar sospecha de su discrecion; pero vio demasiado su error, y no pudiendo serenarse tan pronto de la pena que le causaba esta conviccion, no respondió nada á las delicadas observaciones de las damas.

Lady Gauntlet, que profesaba toda la delicadeza que puede dar el uso del mundo, se admiró así como el Duque de la imprudencia de las dos señoras á quienes no podia justificar sin aparentar que participaba de su culpa.

Al cabo de algunos minutos el Duque dirigió la palabra á Mistress Woudbe diciéndola: "señora, vos habeis tomado bajo vuestra proteccion una jóven, y este es el objeto que me trae tan á deshora en casa de Lady Gaunlet." — "¿Vos quereis sin duda hablar de Miss Walsingham?" dijo Mistress Woudbe, y se esforzó en vano á ocultar su turbacion bajo el aire de un desprecio lleno de orgullo.

Mi querida Mistress Woudbe, exclamó Lady Gauntlet como consolándola, no os incomodeis, tratadla

como merece, vos habeis tenidó demasiada bondad: ella es una ingrata, que no es digna de ella: nada hay que extrañar en esto."

—"Sin duda, exclamó Sir Salomon, nada es mas comun. Por mi parte me acuerdo de que siempre que he hecho una obra de caridad, solo me han recompensado con insultos: así he tomado el partido de contener esta inclinacion que tengo á la beneficencia."

Los ojos del Duque expresaron su indignacion y desprecio. "Yo me engañaría mucho (díjo) si no pensase que se me quiere dar á entender que esta jóven Miss ha herido por su conducta la sensibilidad de su protectora, y provocado esta dura philípica contra una de las principales virtudes de este caballero."

Nadie mejor que Lady Gauntlet

comprendia los peligrosos resortes de la ironía ; y aunque estuviese sumamente herida de sus tiros , la atencion constante que ponia en ocultar sus emociones hacia que nunca manifestase su interior despecho. La causa de su amiga era ya la suya; y fingiendo que no habia comprendido el sentido de las palabras del Duque volvió hácia él sus bellos ojos con una languidez voluptuosa , y dijo: "Milord , Mistress Woudbe estaba sumamente prendada de esta indigna criatura." — "¿Realmente es indigna de este favor?" — "En términos que me avergüenzo de decirlo , porque ha habitado en mi casa , viviendo bajo el mismo techo que mis hijas, aunque ha estado en mi compañía , y nunca en la de ellas."

Lord Delworth , por aviso de Miss Mushroom , atravesó la sala para de-

cir á Rosa que se retirase, y añadió que se la llamaría si fuese necesario. Pero aunque esperó un momento, Rosa ni respondió, ni obedeció tampoco.

El Duque tenia el rostro sério y descontento, Mistress Woudbe creyendo que su papel era hacerse la sensible, sacó su pañuelo. Lady Gauntlet dirigió una mirada de indignacion hácia la obstinada Rosa, que permaneció en su puesto sin manifestar algun recelo.

"Yo me hallo, dijo el Duque, en una situacion bien delicada. Nos hallamos con que la jóven ha sido en su infancia amiga de nuestra desgraciada parienta. La casualidad, segun pienso, la condujo á casa de Lady Denningcourt. Miss Athelano la vió, y la conoció al instante. Creimos que en virtud de una bebida que

su médico mandó darla olvidaría este suceso; pero fue al contrario, y lo que miramos como un feliz presagio, es decir su memoria, está bien clara, y sin cesar pide ver á su amiga: por otra parte yo estaba muy prevenido en su favor." — "¿La habeis visto, Milord?" — "Sí: y confieso que su figura, así como sus modales, me han chocado en extremo."

Mistress Feversham respondió que no se admiraba, pues facciones como ellas eran para chocar á todos.

El Duque respondió: "en nuestro rango hay un cierto decoro que observar, que nos obliga á hacer alguna investigacion sobre su orígen y su carácter antes de ceder al deseo de nuestra querida enferma.. — "Milord Duque tiene mucha razon, dijo Sir Salomon: la precaucion en semejantes circunstancias es una prue-

ba de sabiduría. Estas damas, añadió, son demasiado indulgentes: por mi parte pienso que la franqueza conviene á un hombre de honor; y así me tomo la libertad de ser ahora su intérprete. El carácter de esa muchacha es demasiado sospechoso, y por su nacimiento pertenece á la última clase del pueblo, y es lo peor que sus padres no son conocidos sino por las costumbres mas crupulosas y los vicios mas groseros.

El Duque pareció sorprenderse, y preguntó: "¿Cómo puede ser que semejante persona haya sido admitida en casa de Lady Gauntlet?"

Milady se levantó, y dijo que en el cuarto inmediato habia algunas curiosidades que deseaba enseñar á Milord Duque, y le suplicó que la siguiese.

El Duque se levantó tambien y la siguió hasta la puerta, cuando

Rosa con un movimiento apasionado se precipitó delante de ellos.

La Condesa hubiera pasado sin embargo ; pero el Duque la detuvo voluntariamente.

"¡Dios mio! exclamó Miss Carlota , ¿se ha visto imprudencia y descaro semejante?"

Lady Emilia observó que su madre habia sido insultada , y habló al oido á Mr. Brundnel , quien insistió en que Rosa se alejase de la Condesa ; pero aunque la voz hubiera sido la de un trueno , ella no la hubiera oido.

"Yo os suplico , Milord , dijo Rosa dirigiéndose al Duque , por los sentimientos de honor que estan grabados en vuestra alma , que oigais en mi presencia cuanto de mí puedan deciros , y que se me permita responder." — "Bravísimo , exclamó

Mistress Feversham, me gusta su vivacidad : ella se me parece , es yo misma." — "Es un espíritu diabólico , á quien se debe castigar," exclamó el Mayor. — "¿Milord Duque quiere hacerme el honor de ver mi gabinete?" dijo la Condesa presentándole la mano que habia soltado. — "Deteneos , Milord , exclamó Rosa, yo lo suplico segunda vez á vos , á quien miro como el precioso apoyo de la justicia social. Yo no quiero prevalerme de las favorables ideas que de mí concebisteis cuando nos separamos : yo no pido ser admitida en casa de Lady Denningcourt : yo no soy mas que la hija de una pordiosera ; que la bajeza de mi orígen pese sobre todos los sucesos de mi vida ; que yo sufra el desprecio de las almas bajas , y los rigores de la miseria que presidió á mi nacimien-

to ; pero que yo no sea mas oprimida bajo el peso de una acusacion, cuya idea nunca concibió mi corazon. Que no se una al nombre de mendíga el crímen que las gentes de un rango distinguido suelen ser las únicas que se atreven á cometerlos impunemente. Demasiado largo tiempo ha sido despedazado mi corazon por la injusticia de aquellos que llenan de desprecios á la pobreza, que no tienen la virtud de aliviar. Demasiado largo tiempo mi paciencia ha tolerado la calumnia que me persigue. Yo me he oido acusar por la preocupacion, y condenar por la locura : pero yo apelo en este momento á una alma, para la cual creo que el honor y la nobleza son sinónimos.... Yo no pido gracia, sino justicia. Si puedo probar que no tengo otra culpa que el infortunio, no

tengo que temer ser alejada de la casa de Lady Denningcourt, que es el asilo de los desgraciados. Si soy culpable, soy indigna de respirar el aire que ella respira. Segun mis propias acciones quiero vencer ó rendirme." — "Eso es lo que veremos," dijo Mistress Feversham.

El Duque tenia los ojos fijos en Rosa, cuya noble y modesta elocuencia le interesaba á su pesar. "Yo deseo, dijo, que se os haya agraviado; pero no puedo creer que las personas presentes sean capaces de acusaros con injusticia." — "¿Quereis hacerme el favor de ver mi gabinete?" respondio la Condesa.

El Duque titubeó. "¿Qué teneis que presentar en vuestra justificacion" dijo el á Rosa. — "Lo que ya he dicho, Milord. Deseo, y pido oir las respuestas que naturalmente de-

ben dar á las preguntas que habeis hecho sobre mi caracter é inclinaciones. Una virtuosa Lady está demasiado afectada para hablar de mí: otra, despues de haberme acusado de una conducta irregular en presencia de sus amables hijas, quiere estar sola con un hombre para contarla mis crímenes, y Sir Salomon afirma en mi presencia que mi caracter es sospechoso. Vos veis, Milord, que ahora todo el mundo guarda silencio: "¿me permitireis que yo me acuse á mí propia?" — "Vos teneis un encanto, al que no puedo resistir, dijo el Duque; pero permitidme, añadió haciendo un movimiento para sentarla en la silla que habia ocupado, permitid que os coloque aquí, pues no puedo ver una dama en pie cuando los hombres estan sentados." Sin embargo, á pesar de toda su políti-

ca, dejó en pie á la Condesa, quien viéndose abandonada por un hombre de aquel rango, se halló en una situacion enteramente nueva.

El Duque apenas advirtió su descuido la condujo á su silla. "Vos no quereis venir á mi gabinete, dijo ella." — "Os confieso que estoy detenido por un encanto.... he aquí una jóven extraordinaria, ¿será posible que Milady se haya equivocado en conocerla? Esta jóven, ó es un angel, ó un monstruo: no hay medio en esto." — "Lady Gauntlet está equivocada, respondió Rosa; pero suponiendo que no se engañe, si yo soy la desgraciada criatura, que ella sospecha, ¿no deberia mas bien ser un objeto de compasion?" — "No: cuando confesais un crímen, y parece que os gloriais de él," respondió la Condesa. — "Milady, yo no

he hecho ni uno ni otro." —" ¿No? Vos habeis confesado haber pasado la noche en la quinta de Denningcourt ínterin mis criados corrian esos campos buscándoos." — "¡Cómo! dijo el Duque ¿será eso verdad? Rosa respondió : "sí, Milord, es verdad:" y Miss Mushroom declaró que era el descaro mas inaudito. "¡En la quinta de Denningcourt! exclamó el Duque. Ahora creo que no se os ha hecho agravio. ¿Pero no tiene consigo una muger?"

Era demasiado favorable esta ocasion para que Mistress Feversham la dejase escapar, y dijo que podia afirmar que el Lord Denningcourt habia concebido el mas violento amor por Miss Walsingham la primera vez que la habia visto.

"¡Amor!" respondió Lady Gauntlet con desprecio. — "Nada es mas

verdadero Milady, y realmente cuando ví que abandonaba á mi querida Miss Mushroom" — "¡Abandonado!" dijo Miss Mushroom poniéndose colorada de despecho. — "¡Dios mio! exclamó Mistress Feversham, parece que aquí hay un éco. Vos sabeis bien, querida mia, que él os ha abandonado; pero ni vos, ni acaso él podiais evitarlo. Cuando yo lo supe, y tambien que tenia en su quinta una bonita querida, pensé que era Miss Walsingham, la cual siendo muy bella como sabeis, era la cosa mas natural del mundo."

—"Parece, Milord, que me condenais, dijo Rosa; pero yo os suplico que os armeis contra los juicios precipitados, y persuadios de que me es facil patentizar mi inocencia por lo que hace al Lord Denningcourt y su quinta."

Como Lady Gauntlet tenia razones para creer esta justificacion imposible, vió con gran placer la incredulidad pintada en el semblante del Duque.

Rosa continuó, mirando á la Condesa: "mas en cuanto á la carta que os enseñé, Milady, y que prueba hasta qué punto se me engañaba, y con cuán infame designio...."

Sorprendida Lady Gauntlet hasta lo sumo, la interrumpió gritando: "ciertamente esta muchacha está loca. ¿Qué quiere decir con su carta? Jamas me ha hecho ver ninguna."

Rosa confundida levantó los ojos y las manos al cielo.

"Pocos gestos, exclamó Sir Salomon poniéndose colorado: al fin me veré en la precision de poneros en la cárcel." — "Cuidemos, Monsieur, no ir nosotros á ella, dijo grave-

mente el Duque. No se debe intimidar ni aun al mayor delincuente cuando se halla en presencia de su tribunal." — "Yo no espero Mistress Woudbe, dijo Rosa, que vos consintais en acusaros á vos propia; pero seguramente no negareis que ciertas cartas...."

Mistress Woudbe lo negó todo, y desafió á Rosa á que mostrase la menor prueba de lo que decia.

Rosa cambió de color, y perdió su serenidad; las pruebas no estaban ya en su poder, pues todas las habia devuelto.

La mas austera severidad cubrió la frente de Milady Duque, y dijo: "eso es ridículo y absurdo. ¿Qué ventajas os resultarian de probar el deshonor de vuestra protectora? Sus vicios no justificarian los vuestros." —"No sin duda, añadió Mistress

Feversham, y el mismo sentimiénto que os hace descubrir los defectos agenos, debia ciertamente obligaros á corregir los propios."

El Duque dirigió una ojeada de aprobacion á Mistress Feversham, la que quedó tan orgullosa, que repitió la misma sentencia dos veces sin detenerse.

"Milord, replicó Rosa, el fin que yo me proponia no era acusar á la dama que llamais mi protectora, sino probar que en lugar de pasar por una persona que deshonraba á los que la empleaban, yo ponia toda mi atencion en no ser deshonrada por ellos, y aunque me hayan deshecho de mis pruebas..:. pero no.... añadió, no...." y el mas vivo carmin cubrió sus mejillas. "Yo poseo todavia una. Vedla aquí," y enseñó la última carta que la criada la habia

dado. "Madama, ésta me parece que no os pertenece; es á mí á quien se dirije."

Mistress Woudbe, olvidando que estaba enferma, se precipitó para apoderarse de la carta. "Sí, dijo ella sofocada por la vivacidad de su alegría, es para mí, es mia: dádmela; dádmela." — "¿No es á mí á quien viene dirigida?" dijo francamente Rosa, poniéndola en manos del Duque. — "Mi querida Miss Walsingham, vos sabeis que es para mí: sí, vos lo sabeis: ¡oh, dádmela!"

Lady Gauntlet estaba llena de confusion por su amiga. Ella la hubiera prescrito en secreto otra conducta; pero las miradas del Duque y las de todos estaban fijas sobre ella, y así temia comprometerse.

"Me parece, añadió Rosa, que no negareis que muchas de estas car-

tas escritas por un hombre desgraciado, por vuestro hermano natural, pasaban por mis manos." — "¿Qué importa eso? La carta me pertenece, dádmela," exclamó Mistress Woudbe. — "Un momento, señora: yo creo que es de la mayor importancia para mí que alguno lea esta carta. ¿Quereis vos, Milord, tener esta bondad?" — "Dadme á conocer antes, replicó el Duque, el fruto que esperais sacar de esta lectura." — "Ninguno, sino causar mi ruina, exclamó Mistress Woudbe fuera de sí misma. ¿Podeis desear esto, Miss Walsingham? ¿Qué bien os resultará de querer perderme?" — "Yo hubiera podido hacer la misma pregunta, señora, hace algunos instantes." — "Señoras, dijo el Duque gravemente, yo no entiendo nada de esto: aquí sin duda hay un secreto que es tan

poco honorífico callarle como descubrirle. Yo pido el permiso de entregar la carta : no entiendo una palabra del arte de desenredar una intriga , ni emplearé tal medio para conocer lo que me importa poquísimo conocer." — "Tened un poco de paciencia , Milord , dijo Rosa con vivacidad : si habeis venido aquí para tomar informes de mi caracter y relaciones , es necesario que tengais la bondad de examinar todos los hechos que pertenecen á uno y otras. Yo estoy acusada de mala conducta , y en esto yo me confieso tan culpable , que es delante de vos como quiero justificarme." — "Eso no va bien , dijo Mistress Feversham , porque nosotras, que no estamos en el secreto , no debemos oir vuestra justificacion." — "Vos , señora , habeis oido que se me ha acusado de haber causado con

el horror de mi conducta la indisposicion de Mistress Woudbe." — "Sin duda, querida mia; de otro modo era preciso ser sorda." — "Vos tambien me habeis oido hacer reflexiones sobre una carta que he enseñado á Lady Gauntlet." — "Y ella lo ha negado: eso es verdad," interrumpió Mistress Feversham. — "Ahora pues, Milord Duque, añadió Rosa, tened la bondad de leer esa carta." — "No, Milord Duque, yo os lo suplico, gritó Mistress Woudbe.... Miss Walsingham, yo lo confieso todo.... Yo os he engañado en cuanto á la persona que me escribia estas cartas.... sí: todas ellas venian á vuestro nombre. Yo os suplico, Milord Duque: dadme esa carta." — "¿No es pues á la casualidad, añadió Rosa con dignidad, á la que debió la fortuna de haber descubierto la infa-

me ventaja que os daba mi ignorancia y buena fe?" — "Yo convengo en todo, dijo Mistress Woudbe llorando: yo sé que habeis leido una de mis cartas. Yo estoy bastantemente humillada: yo os suplico, Milord Duque, que me entregueis mi carta: ella es para mí de la última importancia." — "Todavía una palabra, dijo: ¿creeis que yo haya enseñado á Lady Gauntlet la carta de que hablais?" — "Yo lo creo: yo lo pienso." — "¿Estais vos cierta?" — "¿Cómo puedo estar cierta de una cosa que no he visto?" — "Bien, señora, cuando os envié la caja con las cosas escandalosas que contenia, yo añadí una nota. Yo no pediría á Milord Duque que se degradase hasta leer un papel, que es para vos de la última importancia, si pudiese sin esto convencerle de que no soy indig-

na de la confianza de Lady Denningcourt. Dad esta nota á Milord...."

"Lady Gauntlet, querida Lady Gauntlet, vos...."

Lady Gauntlet habia escuchado con el corazon lleno de furor, interin que sus facciones solo aparentaban la curiosidád.

Mistress Woudbe, que no dudaba que esta carta de su hermano natural hablase de su silencio, y que todas sus dudas se acabarian apenas la tuviese en sus manos, creia que no habria sacrificio demasiado grande para obtenerla, mientras que su confidenta y su amiga, que nada bueno aguardaba de éste negocio, estaba furiosa de hallarse comprometida, y mas aun de verse envuelta en una conducta tan deshonorable.

"Yo me admiro, madama, la dijo con altivez, que apeleis á mí en

una circunstancia tan ridícula : yo no conozco vuestros negocios , y todavia menos vuestra correspondencia. Si teneis secretos peligrosos , y vuestra confidenta os ha sido infiel , yo os suplico que no me compliqueis á ello.... mi honor...." — "¡Oh , Lady Gauntlet , replicó Mistress Woudbe, si lo tomais por ese estilo , y me hablais de honor , yo pudiera...." — "Señoras , dijo el Duque , yo os suplíco que no vayais á imitar á Bruto y á Casio. Vos sois ambas mugeres de honor , yo no dudo de ello; pero si mi encantadorcita pudiera tan bien justificarse sobre la visita nocturna á casa de Denningcourt , yo tendria intencion de llevarla conmigo." — "En verdad , Milord , dijo Mistress Feversham , que ella ha vuelto la medalla, si la seguridad de un lado y la confusion del otro pueden

hacerlo. Pero por mi parte yo amo la conviccion, y pienso que la nota así como la carta deben ser leidas. ¿Qué decís á esto, Sir Salomon?

Sir Salomon habia visto desde el principio el resultado del negocio; pero como él no podia perdonar á la inocente Rosa la injuria que le habia hecho, era muy natural que aprovechase con ansia todos los medios posibles de castigarla, por haberle acordado lo que creía conveniente olvidar. Su mortificacion crecia al paso que Rosa se escapaba sana y salva de sus manos.

"¿Qué pensais de ello, Sir Salomon?" repitió Mistress Feversham.

Esta pregunta era, como casi cuanto decia, fuera de tiempo. El caballero, no sabiendo que responder, que pudiese combinarse con el profundo respeto que tenia á la señora

de la casa, se decidió precisamente por la contestacion que era mas opuesta á los sentimientos de Milady y á sus mismos intereses; y así dijo: "segun lo que ha pasado por una y otra parte, es seguro que cada uno tiene la prueba que buscaba."

Sin embargo, Rosa atenta á lo que la habia dicho el Duque de su visita nocturna, pensó que era muy dificil libertarse de una justificacion pública sobre este asunto sin hacerse sospechosa. ¿Pero sacrificaria la esperanza de ver á Kattia devuelta á la sociedad, ocultar su debilidad, y ver un culpable seductor ser un honrado esposo? Por otra parte no habia prometido solemnemente.... ¿Podia faltar á la promesa hecha á la desgraciada hija de su respetable amigo? Sin embargo no habia medio. ¿No podia pues aceptar alguna restriccion?...

Ella por lo menos resolvió intentarlo.

Durante la meditacion de Rosa, Miss Mushroom habia manifestado al Lord Delworth que todo aquel galimatías era muy insípido: él siguió su consejo, y ambos se levantaron asidos de las manos para salir de la sala.

El Mayor, que no tenia opinion propia, y que sin embargo nunca admitia la de los otros, sin añadir una enfática palabra, juró que estaba cansado por todos los diablos, y dió un paso para reunírseles. Mr. Brundnel se dispuso tambien á dejar el salon; pero Lady Emilia, que conocia las verdaderas ideas de su madre mejor que los otros hijos, conservó su asiento aguardando con inquietud cuál sería el fin desagradable de aquella extraordinaria escena.

Durante este intervalo, Rosa habia recobrado su valor, y con un módo

tan dulce como persuasivo los rogó que se detuviesen ; así es que Miss Mushroom (aunque se dejó escapar una expresion de desprecio) al fin se dignó volver á su asiento , y cogió otra vez sus flores , ínterin los presentes fijaron su atencion en la interesante Rosa.

"Milord , dijo ella con una sonrisa llena de gracia ; yo voy á probar si estais tentado á llevarme con vos. Vos sabeis que hay una desgraciada muger que vive en la quinta de Denningcourt." — "De la cual está bien harto el Conde," dijo Lady Gauntlet. — "La noche estaba terrible : yo me habia puesto al abrigo de la tempestad con un amigo en un parage , donde pocas personas de las que están aquí consentirian ir de dia; pero era preciso buscar un asilo." — "Era sin duda alguna caverna , dijo

Mistress Feversham." — "Era el Panteon de la familia de Denningcourt," respondió Rosa. — "Pero vos teniais un amigo con vos," observó Lady Gauntlet, que queria leer en el fondo de su alma. — "Sí; Milady, y acaso Sir Salomon me comprenderá mejor, si yo dijese un simulacro de amigo: era el honrado John Brown, que fue echado de la casa últimamente, cuando despues de algunos años de ausencia se presentó en ella á pedir la hospitalidad.... Vos debeis acordaros de John Brown, Sir Salomon." — "¡Cómo! exclamó Mistress Feversham, ¿el antiguo posadero del White-Horse vive todavia á pesar de todos sus males? ¡Oh! yo no me admiraré de que el mejor dia del año viniese tambien su amo entre nosotros."

Sir Salomon se aterrorizó; las dos personas á quienes menos deseaba en-

contrar se habian reunido en el mismo parage, y probablemente iban á ser para él una eterna causa de inquietudes: en fin, una simple suposicion de que el Coronel pudiese salir de la tumba hizo ponerse pálido su semblante colorado.

"Mistress Feversham, dijo él con desagrado, vos hablais como una loca." — "Como una necia querreis decir sin duda, Sir Salomon, porque estais cierto de que hace mucho tiempo que el Coronel ha sido pasto de los gusanos." — "Si Mistress Feversham quiere permitirlo, dijo Lady Gauntlet, nosotros volveremos al Panteon." — "Allí (continuó Rosa) entre las tumbas y los huesos que se deshacen en polvo; hallé.... — "No sería al Lord Denningcourt, exclamó Mr. Brundnel." — "No, señor, sino solamente á su querida, que parece

le es ya muy indiferente." — "¿Hay aquí alguno que la conozca? preguntó Emilia. — "Es probablemente una de mis antiguas amigas de Jermin-Street," se atrevió á decir el Mayor. — "Esta jóven, dijo tranquilamente Rosa, en su vida ha visto á Jermin-Street."

Miss Mushroom pareció sorprenderse de lo que podia buscar entre los sepulcros, y añadió que era una cosa muy extraordinaria.

"Estaba de rodillas, señora...." — "Y llorando como una Magdalena supongo," dijo Delworth. — "Yo la he conocido, Milord, continuó Rosa, dirigiendose al Duque, cuando ella era la gloria de una familia respetable, el objeto de los brindis de todos los hombres, y excitaba, me atrevo á decirlo, la admiracion y la envidia de todas las demas."

— "Ella excitaba seguramente la envidia, dijo Mistress Feversham, porque la una sigue á la otra, como la B. sigue á la A. en el alfabeto." — "¡Dios mio! ¿qué significa todo esto?" exclamó Miss Mushroom. — "Yo la he conocido, Milord, y ella me ha conocido, aunque la situacion de ambas estaba muy mudada. Ella estaba inclinada sobre un pequeño atahud." — "¡Oh, qué horror!" exclamó Miss Mushroom. — "El encuentro inesperado de dos jóvenes amigas, de que habeis sido testigo en el parque de Denningcourt, no puede, Milord, daros una idea del que hubo en el panteon, porque la una lloraba desgracias mucho mas crueles que las de un simple extravío de la razon, era la irreparable pérdida del honor la que mezclaba las lágrimas de una Magdalena con las

angustias de una madre." — "Encantadorcita mia," dijo el Duque enternecido. — "Yo os suplico, Milord: dadme mi carta," dijo Mistres Woudbe. — "No hableis de vuestra carta; dijo el Duque: dejadnos oir el fin de esta historia. Yo tengo el mayor placer en oir á esta encantadora criatura."—"En resumidas cuentas ¿vos no habeis estado en la quinta?" dijo Lady Gauntlet.

¿Qué casuista sería bastante hábil para explicar la variacion que hubo en el lenguaje y modales de Lady Gauntlet?

— "Perdonadme, Lady Gauntlet, yo fui á la quinta." — "Muy bien:" y Milady por poco no la llama como el Duque una muger encantadora: ¿por qué no me disteis al principio todas esas explicaciones?" — "¡Ah, Milady! ¿por qué habiais abandona-

do vuestro caracter?"—"Yo pude engañarme: pero en fin, ¿qué sucedió despues?" — "Lo que despues sucedió, Milady, es un secreto que no revelaré sino á una sola persona: si Milord Duque quiere llevarme á la quinta de Denningcourt, yo le advierto que estoy pronta á seguirle por todo el universo." — "Yo no estoy, dijo el Duque, no: yo no estoy prendado de un loco amor por vos; pero vos haceis de mí cuanto quereis." — "Mi carta, Milord, mi carta," dijo Mistress Woudbe con un tono de súplica. — "¿Es á vos á quien se dirige, encantadorcita mia?" dijo el Duque mirando á Rosa. — "Yo renuncio de ella," dijo Rosa. — "Pero vos debeis conocer por lo menos lo que renunciais." — "¡Oh, Miss Walsingham, perdonadme, y no causeis mi ruina.... leedla vos misma."

Aunqüe Rosa hubiera visto una serpiente, no hubiera retrocedido con mayor horror.

"Miss Walsingham, dijo Mistress Feversham, John Brown podrá deciros cuán diestra soy en el arte de descifrar letras. ¿Queréis que yo la lea? ¿Qué la parece á Mistress Woudbe?" — "Por mi parte, dijo el Duque, yo pienso que la proposicion de la ingeniosa Mistress Feversham es muy conveniente para las circunstancias actuales."

Qué placer para Mistress Feversham oir semejante epiteto de boca de un Duque y Par de la Gran Bretaña. Ella se inclinó, tomó afectuosamente la mano de Rosa, y puso la carta en su cartera.

"Ahora, encantadora sirena, dijo el Duque, no temereis dejarme á solas con la bella Condesa, examinar

despacio su gabinete de curiosidades. Id hácia vuestro tocador, que yo estoy impaciente por conduciros á vuestra nueva protectora."

Rosa se anegó en lágrimas.

"¡Y bien! ¿qué significa eso?" —"Es alegría, Milord: yo experimento una idea de felicidad tan pura, como si encontrase á mis padres despues de una larga ausencia. Yo voy á ver á la tierna amiga, á quien habia perdido tantos años hace. Mi corazon largo tiempo herido por el temor, el horror y el desprecio goza en fin de una felicidad pura. Lady Gauntlet, yo no olvidaré que vos me habeis libertado de ese vil Lord Lodwer, y os doy gracias de la proteccion que me habeis concedido. Mistress Woudbe, yo suplico al cielo os haga feliz: y vos, Mistress Feversham, creed, que yo con-

servo la mas tierna memoria de la bondad que me habeis manifestado, concediéndome un asilo en vuestra casa de Conduit Street. Ahora, Milord, dentro de seis minutos yo estaré dispuesta."

El Duque pidió entonces una conversacion particular á Lady Gauntlet. Rosa subió ligeramente al triste granero; pero habian vuelto sus vestidos al cuarto que antes ocupaba.

Apenas en el exceso de su alegría tuvo tiempo para vestirse convenientemente cuando llegó Lady Gauntlet, y la dijo: "Miss Walsingham, no quiero dejaros partir sin repetiros cuanto deseo vuestra felicidad. Las mutaciones que sobrevendrán en mis propios negocios nos impedirán probablemente el vernos. Yo quisiera que me fuese posible explicaros las razones secretas de cuanto acaba de

pasar, á lo menos en la parte que me toca; pero á la verdad no puedo, no puedo, y me ceñiré á no hablar sino de vuestros intereses. Sin duda no habreis olvidado la confianza que me hicisteis de vuestra inclinacion á Montreville." — "¡Oh, Lady Gauntlet! ¿cómo podeis desear mi felicidad y nombrarme ese hombre? ¿por qué resucitais esa indigna idea en un instante como éste?" — "Solo para recordaros los consejos que os dí entonces. Tal vez me preguntareis: ¿cómo podré yo justificarme á mis propios ojos por haber sido la confidenta de tal secreto. He aquí mi respuesta, el mundo es la gran escuela de la experiencia, y vos acabais de entrar en ella." — "¡Ah, Milady, cuan feliz soy en ir á habitar un parage, donde tales precauciones no son necesarias!" — "¿Estais bien segura

de ello, querida Miss?" —"Mis garantes no son sospechosos."—"¿Será ese Milord Duque, Miss Walsingham? Los parientes no siempre estan esentos de parcialidad."—"No es él solo quien me ha instruido de la alta opinion que debo tener de la sensible y virtuosa persona, á quien voy á tener la felicidad de ser presentada: mi corazon me ha dicho de ella mas que el mundo entero."—"¿No experimentasteis igual sentimiento cuando vinisteis á mi casa?"—"No señora: yo tenia el deseo, pero no la conviccion íntima de que vuestro favor fuese permanente."—"¿Sentis ahora esa conviccion íntima de que me hablais?"—"Sí, Milady, y en toda su extension."—"Muy bien, Miss Walsingham: yo veo que Milord Duque, llevandoos al lado de su sobrina, no tardará en haceros olvi-

dar ese fantasma, que yo habia resucitado para turbar vuestro reposo: os lo digo con franqueza. No podreis formaros una demasiado alta idea de Lady Denningcourt: vos la hallareis tal como pensais, y aun tambien como deseais que sea; pero guardaos bien de Denningcourt."—"¡Oh! yo no temo nada," exclamó Rosa en el exceso de su alegría. "Á Dios, Milady Condesa."

Ella bajó rehusando con noble urbanidad cuanto la ofrecian sus protectoras: el Duque dirigió á su nueva pupila miradas paternales. Rosa subió en el coche, y dejó con mucho gusto la quinta de Delworth.

CAPÍTULO V.

Rosa no podia suponer que Lady Gauntlet hubiese omitido á Milord el menor detalle de cuanto la concerniese, y así ofreció con franqueza explicarle cuantas cosas quisiese saber relativas á la opinion en que la habia de tener.

El Duque, sensible á este rasgo de candor tan precioso en una persona del sexo y edad de Rosa, la escuchó con aquella tierna y activa atencion que mucho mejor que las palabras pinta el interés de un corazon sensible. "Muy bien, Miss, la dijo él: pero por razones que no se os pueden explicar conservad ínterin vivais con nosotros el apellido de Walsingham; porque el de Buhanum no os grangearía ningun ami-

go en la familia de los Athelanos."

Esta expresion choco á Rosa. La aventura de la posada en que habia visto una dama de la mas bella apariencia que habia ocultado su rostro en el seno del Mayor, cuando ella se separaba de Eleonora dirigiéndose á Escocia, se presentó súbitamente en su imaginacion, ¿pero cómo suponer que una muger tan virtuosa como Lady Denningcourt pudiese ser culpable de una intriga criminal con un hombre casado y de la edad del Mayor? Así es que semejante sospecha no hizo mas que presentarse rápidamente á la imaginacion de Rosa.

Ella estaba pensativa, y el Duque la dijo: "bien conozco que esta condicion os desagrada; pero á medida que vayais ganando ó perdiendo en mi estimacion estareis en

proporcion de juzgar de la fuerza de mis motivos." — "¿Pero Lady Hopely?" dijo Rosa. — "Está prevenida y dispuesta de antemano á conformar su opinion con la que debia inspirar mi visita en la quinta de Delworth. Por lo demas no puedo menos de repetiros que cuanto mas os examino, mas observo en vos aquel ayre de semejanza que me chocó la vez primera. Vuestros ojos, vuestra boca, y en general todas vuestras facciones son las mismas que Lady Denningcourt tenia á vuestra edad, y por uno de aquellos inexplicables caprichos de la naturaleza vos teneis al mismo tiempo el modo de mirar de aquel hombre á quien llamais vuestro protector." — "¡El Coronel Buhanum! repitió modestamente Rosa: ¿le habeis conocido, Milord?" — "Demasiado sin duda." — "¡Cómo!

replicó ella con viveza, ¿es posible conocer demasiado un hombre virtuoso?"

El Duque guardó silencio por algunos instantes, y despues prosiguió con dulzura. "¿El Mayor Buhanum encontró la misma semejanza entre vos y su sobrino?"

—"De tal modo que al principio me juzgó por su hija." — "¿Estais segura de que se equivocaba?" —"¡Oh! muy segura, supuesto que mi madre vive todavia." — "¿Y en la indigencia?" — "No, gracias al cielo. Yo no tengo ninguna idea de mi padre; pero hace poco que hallé á mi madre casada de segundas nupcias, y en la abundancia." — "Continuad," dijo el Duque que la escuchaba con atencion. — "La casualidad me hizo conocerla.... Un rasgo de la naturaleza la inclinó á mani-

festarme cariño; pero por desgracia no fue recíproco: yo temo no haber sido culpable, mis ojos encontraron á mi madre; pero mi corazon no la reconoció. Un funesto accidente hizo que necesitase de mi asistencia: yo la asistí por deber; pero no por el cariño de una hija que se consagra á servir á aquella de quien recibió el ser, y hasta ahora ignora que es á esta hija á quien debe los servicios, que tal vez prolongaron su existencia." — "Vuestra historia, querida Rosa, dijo el Duque, mirándola afectuosamente, es sin duda interesante, pero ya estamos en Jointure-Housse: bien pronto volveremos á atar el hilo de nuestra conversacion."

El coche despues de haber atravesado varias calles de encinas se paró á la puerta de la casa..

"¿Sois vos, Duque de Athelano?" dijo Lady Hopely que habia salido hasta el umbral. — "Sí, Milady." — "Y vos no estais solo: venis con una compañera, es preciso sin duda que sea tan pura como hermosa, supuesto que la traeis aquí." — "Es mi hija, es mi protegida, dijo el Duque, y os suplico que bajo este título la presenteis á vuestros amigos." — "Venid, querida Miss," la dijo Lady Hopely apretándola la mano, que temblaba en la suya; "pero no olvideis, añadió en voz baja, que el nombre de Bohanum está proscripto en esta casa."

Esta palabra volvio á recordar á Rosa la aventura de la posada.

"Puede ser, continuó Lady Hopely que vuestra presencia restituya el reposo y la felicidad á una persona que nos es muy querida á to-

dos. ¡Ah! si esto sucediere, querida Miss, nosotros os saludariamos como la diosa tutelar de la familia de Athelano." Dicho esto llegaron á un cuarto donde Miss Angus y la inseparable Miss Bruce estaban con Lady Denningcourt. "Yo os presento, dijo Lady Hopely, una protegida del Duque de Athelano."

Milord Athelano entró tambien conduciendo por la mano á la tímida Rosa, que se llenó de espanto viendo los ojos de Lady Denningcourt próximos á cerrarse. Una palidez mortal cubria su frente y mejillas; estaba casi exanime, y la cabeza apoyada en el regazo de sus amigas.

"Querida Eleonora, la dijo en voz baja el Duque, yo habia pensado que sus facciones producirian en vos algun efecto; pero no creia que os afectasen tanto," y despues

levantando la voz dijo: vamos, volved en vos, Lady Denningcourt, yo tengo el honor de presentaros á Miss Walsingham: Miss Angus, y Miss Bruce, esta es mi protegida."

Rosa estaba confusa y agitada. Su corazon palpitaba con violencia; apenas podia sostenerse: una emocion mas viva y mas profunda que la de la alegría habia penetrado en todos sus sentidos; y cuando los casi elados labios de Lady Denningcourt se aplicaron sobre sus encendidas mejillas, su agitaeion fue mas viva, y cayó á sus pies sin sentido.

"¡Qué semejanza!" pronunció á media voz la Condesa levantándola con cariño. — "Yo os juro, Milady, que se os parece mucho," exclamó Lady Hopely; vamos, Miss Angus y Miss Bruce, persuadid á Miss Walsingham que no es lo que pue-

de llamarse una persona fea."

Miss Marta Bruce paseó entonces sus blanquecinos ojos sobre el semblante de Rosa con la expresion de quien advierte alguna cosa por la vez primera. Lady Denningcourt no podia hartarse de mirarla. Poco á poco la agitacion y la sorpresa cedieron el lugar á sentimientos menos vivos, pero mas dulces, y Rosa embriagada de felicidad conoció por la primera vez, que no estaba en una casa desconocida.

El médico consultado por el Duque de Athelano habia decidido que sería mas conveniente diferir hasta la mañana la vista de las dos amigas, y así se convidó á Rosa á subir á su cuarto para entregarse al reposo, de que tanto necesitaba despues de las fatigas del dia antecedente.

Rosa obedeció, aunque con pena.

Miss Angus y Miss Bruce se ofrecieron políticamente á acompañarla. La primera la aseguró que su camarera estaba á sus órdenes. Rosa se sonrió suponiendo con gracia que estaba acostumbrada á ser ella su misma camarera. Esta respuesta pareció tan extraordinaria á Miss Bruce, que entró en el salon para participársela á sus amigas : pero entonces estaban ocupadas en negocios mas importantes. El Duque de Athelano contaba á Lady Denningcourt y Lady Hopely la escena verdaderamente dramática que acababa de pasar en Delworth-House, y Lady Denningcourt no perdia ni una sílaba.

Mientras que en el salon se ocupaban en esto, Rosa despues de haber dado gracias al cielo con aquel fervor peculiar de los corazones sensibles, se durmió con un profundo sue-

ño, y no despertó hasta las ocho de la mañana, cuando Betty Brown entró en su cuarto, y abrió las ventanas.

"¡Dios mio! Miss Rossy, exclamó ella: ¿es esto un sueño? ¿Es verdad que sois vos la que despues de haber sido despedida ayer tarde, entrasteis por la noche triunfante en la quinta? Tienen razon en decir que los dias pasan, pero no se parecen, y que no siempre está el diablo detrás de la puerta. ¡Cuánto Milady Condesa os miraba durante la cena! aquello era un gusto. Ahora bien, hagamos un convenio. Ya veis que os llamo Miss Rossy, y esto de buen corazon, y la única gracia que os pido es que no me llameis Betty, sino Mistress Brown, porque al fin, Dios tenga piedad de mí, yo soy todavia muger de John Brown, mien

tras Dios no quiera que yo sepa si mi pobre marido ha bajado al sepulcro."

Rosa, apenas bien despierta, dejaba hablar á Betty sin responderla, los sueños agradables la habian acompañado toda la noche. Ella habia visto al jóven, al elegante Montreville, no al fastidioso amante de Mistress Woudbe, sino tal como le habia visto en Pontefract, y solo á fuerza de un esfuerzo terrible consiguió desterrar de su alma unas ilusiones amorosas y dulces.

"Pero cuando estemos á solas, preguntó Rosa con dulzura, ¿no me permitirás que os llame Betty?" — "¡Ah! eso es diferente: mi pobre marido difunto no me llamaba de otro modo cuando no habia nadie que lo oyese." — "¡Cuánto me alegro, dijo Rosa, de oiros hablar con

cariño del bueno y del honrado John!"
—"¡Dios mio! Miss, ¿qué tiene eso de extraño? Pero todavia tengo otra cosa que pediros. Si alguna vez Mr. M'lane, nuestro mayordomo, os hiciere algunas preguntas, encargo que no le digais que mi marido llevó la librea del Coronel. Este Mr. M'lane es por mi vida un bello hombre, Miss, un bellísimo hombre bien formado y grueso, por lo menos como tres veces mi difunto: ¿no es así, Miss?" — "¿Y cómo quereis que os responda, Mistress Brown? Yo no conozco á Mr. M'lane, ni le he visto en mi vida. Por lo demas siempre decis mi difunto: ¿estais bien cierta de su muerte?"—"En verdad, Miss, haceis mal de detenerme." — "Yo no os detengo, Mistress Brown;" dijo Rosa acabando de vestirse.

"Decidme solamente por Dios,

cómo está mi Eleonora." — "Esta mañana ha tenido uno de sus accesos, dijo Betty : yo por mi parte siempre la tengo un miedo terrible , pero lo que ha sorprendido á todos es que Miss Eleonora , en lugar de quedar sombría y muda á todas las caricias que la hace Milady , esta mañana se puso á hablar sin que nadie la pidiese que respondiese. ¿Es verdad que voy á ver á mi Rosa , dijo ella mirando tiernamente á su madre? El corazon de Milady Condesa no podia contener su alegría. Sí , querida hija, exclamó ella : ¿acaso he faltado jamas á las palabras que te he dado? — "¡Ah! yo quiero volar hácia ella," exclamó Rosa saliendo del cuarto , y bajando precipitadamente las escaleras para ir á la biblioteca.

Allí encontró al Duque y Milady que mútuamente se felicitaban de

las esperanzas que les daba el momentaneo regreso de la memoria de Eleonora.

Rosa, con los ojos brillando de alegría y esperanza, se adelantó hácia Milady; pero bien pronto esta alegría se convirtió en tristeza quando la vió ponerse pálida, y retroceder algunos pasos tan conmovida como la víspera: ella no se atrevia á adelantarse: la Condesa de Denningcourt la cogió por la mano, la llevó hácia la ventana; sus labios temblaban, su frente tomó un ayre de inquietud y aun de severidad, arroyos de lágrimas corrian de sus ojos, y suspiros ahogados oprimian su pecho mientras separó con una mano débil las bellas trenzas de cabellos que hacian sombra al cuello y espaldas de Rosa.

"¡Cómo se me parece! ¿Milord,

no pensais lo mismo?" — "¡Ah, Milady, respondió Rosa, lo que debia hacer mi felicidad no es para mí sino un manantial de tristeza! Si esta semejanza turba vuestro reposo y serenidad, ¿no debo imponerme á mí propia el cruel, el terrible sacrificio de alejarme de estos lugares?" Algunas liquidas perlas corrieron entonces por las casi descoloridas mejillas de Rosa. "No, Miss Walsingham, interrumpió el Duque de Athelano: esta semejanza, que no puedo negar, y que excita hoy sus lágrimas, será para ella un motivo de amaros." — "Mi querida Miss, dijo la Condesa estrechándola en sus brazos, el efecto que anuncia Milord ya está producido en mi corazon. No: vos no os apartareis de mí: yo siento que me sería imposible separarme de vos: y aun quiero expiar la pena

que os he causado. ¡Ay querida Miss Walsingham, ¿os lo confesaré? Lo que mas me ha conmovido al veros es la semejanza que teneis con el que fue padre de mi Eleonora." — "¡Dios mio! exclamo Rosa retrocediendo, ¡el Coronel Buhanum será padre de Eleonora!"

Lady Denningcourt se dejó caer sobre un sofá. "¡Cómo! repitió estremeciéndose, ¿conociais al Coronel Buhanum?" Rosa lloraba.—"¿Qué pensamiento agita vuestros sentidos?" continuó Lady Denningcourt. "Rosa, decidme vuestra edad." — "La de Miss Athelano." — "De ese modo, respondio la Condesa, como si acabase de librarse de un peso enorme, esto no puede ser." — "¿Olvidar á Miss Athelano, señora?" dijo el Duque. — "No, no; esto es imposible: pero yo me acuerdo de su padre.

Miss Walsingham, ¿habeis conocido al Coronel? ¿habeis estado en la India?" — "Milord, yo os suplico me perdoneis" dijo Rosa, juntando las manos, y dirigiéndose al Duque.— "¡Perdonaros! ¿qué habeis hecho? preguntó Lady Denningcourt; ¿no me respondeis? ¿habeis conocido, habeis podido conocer al Coronel Buhanum?

El Duque recordó otra vez á su memoria á Miss Athelano. "Si continuais agitandoos de ese modo, no estareis en estado de asistir á la vista que tanto deseais presenciar." — "¡Ay Dios! yo me siento demasiado débil, Milord: ¿por qué declararos contra mí con una reserva tan infundada? Decidme, Walsingham, yo os lo suplico si mi felicidad os es querida, ¿sois parienta del Coronel Buhanum?"

Rosa sin titubear respondió: "No."
— "¿Qué significa pues esa especie de misterio? ¿Le habeis conocido?"

Rosa se arrojó á sus pies: no quiso leer la conducta en los ojos del Duque, y llorando amargamente suplicó á Lady Denningcourt la perdonase si habia cometido una imprudencia, de la cual se confesaba tanto mas culpable cuanto habia sido prevenida; pero que á pesar de cuanto pudiese resultar de ella, no podia dejar por mas tiempo á Lady Denningcourt en una incertidumbre dolorosa, que estaba en su mano disipar. "Vos sabeis, señora, continuó ella, que yo soy una pobre criatura abandonada, y sin amigos; pero no sabeis todavia por qué me hallo tan aislada y extraña á todo el mundo. Mi madre, que solo era una pobre mendíga, me abandonó en mi

infancia, me dejó sin asilo, desprovista de todo, y muriendo de hambre. Yo he sido socorrida, criada y acariciada por el mejor y mas generoso de los hombres, el Coronel Buhanum, á quien no ceso de llorar. ¡Ah!" exclamó llenos los ojos de lágrimas, y levantando sus manos al cielo mientras que Lady Denningcourt pálida é inmovil estaba cerca de desmayarse. "¡Ah, Dios mio! haced que lo que fue en otro tiempo mi primer bien, mi única felicidad en la tierra, no sea hoy el manantial de mi desgracia. Milady, que esta pobre joven abandonada no sea objeto de vuestra aversion; porque su miseria encontró en otro tiempo un corazon abierto á la beneficencia. ¡Ah! cualquiera que sea su ofensa, cualesquiera que sean sus crímenes hácia vos, yo siento que jamas po-

dré olvidar los rasgos de su alma generosa : es á él á quien debo no haber sido presa del vicio como lo soy de la pobreza , y mis lágrimas se derramarán por él ínterin mi alma conserve alguna memoria." — "¿Desde cuándo , preguntó Lady Denningcourt , habeis salido de la India?" — "¡La India , Milady! yo jamas he salido de la Gran Bretaña." — "¿Pues dónde visteis al Coronel Buhanum?" — "En Penrry." — "¡Justo cielo!" — "Sí : allí fue donde abandonada por mi madre, me ví socorrida por el Coronel Buhanum."

Lady Denningcourt se desmayó: y la llevaron á su cuarto privada de sentido.

Lady Hopely , que no se levantaba tan temprano como Lady Denningcourt , se asustó cuando el Du-

que la contó lo que acababa de pasar, y juzgó que como la permanencia del Coronel en Inglaterra habia sido lo que mas afligió á Milady en la historia de Rosa, era conveniente que ella lo supiese de ellos mismos cuando recobrase el uso de sus sentidos. En virtud de esto se dió prisa á ir á su cuarto, mientras que el Duque tan deseoso de librar á Rosa del dolor que la oprimia por haber causado el accidente de la Condesa, como curioso de ver el efecto que producia su presencia en Eleonora, la propuso acompañarla al cuarto de su amiga.

Jamas Rosa habia tenido mas necesidad de recoger sus ideas, y calmar la agitacion de su corazon: sin embargo, no se atrevió á suplicar que la dejase sola por algunos instantes, y el Duque la condujo á

los cuartos que habitaba Eleonora.

Ya esta desgraciada habia dado muchas señales de la mas viva impaciencia, y en seguida habia vuelto á caer en uno de los accesos de aquella lúgubre melancolía, de que pocas veces salia; y sus ojos estaban constantemente fijos en el suelo.

"Yo os traigo á Rosa, mi querida Miss Athelano: ¿no la veis con placer?" — "Eleonora, mi querida Eleonora, ¿no hablais á Rosa? ¿no quereis ni aun mirarla?" — "¿No veis, dijo Betty, que está en uno de sus accesos? no hablará acaso en una semana." — "¡Eleonora, querida Eleonora!" respondió Rosa.

La bella estatua estaba inmovil, y no daba ningun signo de razon. Esta insensibilidad aparente de una persona que la era tan querida fue

acaso una de las penas mas vivas que jamas tuvo Rosa. Ella lloraba, abrazaba infinitas veces á su Eleonora ; pero sus caricias eran inútiles.

El dolor del Duque era visible. Sin embargo, el Doctor no desmayaba : mandó que se la dejasen á las que la asistian. Milord con voz triste preguntó si las señoras estaban en la sala del desayuno ; y habiéndole respondido que no, dijo á Rosa que fuese allá apenas oyese la campana. Triste y pensativa se volvia á su cuarto, cuando un criado la dijo que abajo la buscaban.

"¿Á mí?" dijo Rosa. — "Sí ; y como es un pobre estropeado, que parece pide limosna, le he hecho quedar en el portal."

El criado del jardinero, que por órden de Rosa habia llevado á John Brown sus cartas para Edimburgo,

se habia emborrachado de tal modo en una taberna inmediata á la quinta, que le habia sido imposible explicarse cuando llegó, ni decir el objeto de su comision. Sus palabras eran tan inconexas al contar las aventuras de la quinta de Delworth, que el bueno y sensible esposo de Betty creyó á su querida Rosa á un mismo tiempo perdida y deshonrada: y asi fue á la quinta de Delworth-Housse.

Su asombro fue sin igual cuando conoció á Sir Salomon. "Yo, (dijo John para sí) jamas he quitado mi sombrero sino delante de mi Coronel y de mi muger; pero no importa, es preciso saber á cualquier precio noticias de la querida hija de mi pobre amo," y entonces saludándole respetuosamente le dijo: "¿Vuestra grandeza sabrá decirme si está aquí Miss

Rosa?"—"No: ya se ha marchado," respondió con voz de trueno el caballero, y cerrando impetuosamente la puerta, dejó al pobre John anonadado.

Un mozo de la caballeriza, que le conoció entonces, gritó: "Eh! pierna de palo, ¿cómo vá? Por cierto que estais en un brillante equipaje."

Esta chanza, que fue acompañada de una risotada y miradas burlonas de los demas criados, mortificó al pobre Brown; y sin porfiar mas tomó el partido de volverse á la quinta de Denningcourt. Antes de salir del parque, de donde se alejaba con disgusto, y siempre pensando en Rosa, encontró al mismo jardinero que le habia entregado las cartas para Edimburgo, y le informó del parage donde estaba aquella á quien buscaba con tales ansias.

Puesto en su presencia, y despues

de haberla contado sus aventuras, dijo tristemente. "Las mugeres, querida Miss Rossy, no tienen siempre la fortuna constante."

"Aunque mas que el cristal tú seas pura,
Y así tan blanca cual la misma nieve,
Verás que la calumnia se te atreve."

Al acabar esta cita algunas lágrimas mojaron el rostro del honrado John, y él las enjugó con los pedazos de un viejo pañuelo de seda.

Rosa, impaciente por consolar el dolor de sú digno amigo, apenas tenia voz ni expresiones para decirle cuán felizmente para ella habian terminado las cosas. Tambien deseaba hablarle de su Betty; pero persuadida á que la pobreza de John turbaria el placer que ella tendria de verle, iba á suplicarle que volviese á la quinta de Denningcourt, y se mudase aque-

llos trapos, poniéndose el vestido que él sabia muy bien no habia sido el premio de ninguna accion vergonzosa, cuando en esto Betty alargando primero su cabeza y pronto toda su persona, en el mayor brillo de su elegante adorno se mostró á la entrada del portal donde Rosa hablaba con John. — "¡Dios mió! Miss ¿quién hubiera creido que estabais aquí mientras el Duque y las dos jóvenes Ladys os aguardan para el desayuno?" Amigo mio, añadió sin conocer á John, vos podeis ir á la cocina: cuantos pobres vienen aquí encuentran en ella que comer y beber hasta que mas no quieran.... ¡Oh! Miss Rossy: ved aquí á nuestro Mayordomo que viene: es un hombre de gran mérito: vos habeis visto con qué politica se ha conducido conmigo y con vos despues que le

he contado todo lo del Coronel.

El Mayordomo, notable por el ayre de salud y robustez que brillaba en su rostro, atravesó entonces por el salon para ir á lo interior de la casa: se inclinó al pasar delante de Rosa, se sonrió mirando á Betty, y como tenia un gran peso que mover, marchaba á paso lento y magestuoso.

John le hizo lugar, Rosa se acercó á él, y Betty volvió hácia el Mayordomo miradas de aprobacion.

No pudiendo John contener el exceso de su emocion, se adelantó como pudo hácia su muger, la estrechó entre sus brazos, y gritó suspirando: "Betty, mi querida Betty...." Betty sorprendida hasta el último punto dió tan agudos gritos, que John pensó que volvian á darla sus antiguos vapores; y ella hizo tal mo-

vimiento que no solo se desprendió de sus brazos, sino que le dejó caer en el suelo, y corriendo hácia el Mayordomo, exclamó: "socorredme.... ¡ay Dios! es un fantasma: socorredme."

El Mayordomo se detuvo diciendo: "¿qué teneis, querida Mistress Brown? ¿quién sois vos?" preguntó á John. — "Mi querida Betty;" dijo éste despues de haberse levantado, y enjugado las lágrimas con su viejo pañuelo, "¿os habeis olvidado enteramente de mí! ¿Ó la alegría os ha hecho perder el juicio?" ¡Ah! mi pobre Betty:

"El dolor ha cambiado mi semblante
Desde que no nos vemos. La tristeza
Y la mano cruel devoradora
Del tiempo ha escrito ya en mis facciones
De la desgracia tristes impresiones."

"¿Qué decis de escribir? replicó Betty, mirándole con desprecio : á mí nadie me ha escrito, ni creo haber visto jamas vuestras feas facciones."

— "¡Betty!" clamó John, y su triste semblante significó igualmente la sorpresa y la cólera. Despues de algunos momentos de silencio pronunció con tono grave la cita siguiente:

"La desgracia hace dias que ha venido
Á llamar á mi puerta tantas veces...."

— "Que llame cuanto quiera, respondió Betty : ella jamas vendrá á la mia."

— "Betty, vos no podeis haber olvidado á vuestro marido, porque aunque....

"Es la felicidad el lazo fuerte
Que el amor asegura,
Y la afliccion altera la frescura...."

— "Bueno es eso : os parece que teneis frescura : yo estoy mala solo de veros."

John se puso colorado, y dijo: "siento que os hayais hecho tan delicada, Mistress Brown : si vos estais mudada, yo no lo estoy."

— "Por eso os aconsejo que os mudeis, porque no podeis menos de ganar en el cambio." — "¡Muger, muger!" exclamó John con un tono fuerte.

La desgracia habia venido á caer sobre la pobre Betty en el momento mas inesperado, y se hallaba en una confusion inexplicable. El Mayordomo habia convertido su sonrisa en una atencion séria, y observaba cuanto pasaba. Rosa se retiró hacia una ventana para evitar la apelacion de una de las dos partes.

"¿Por qué me tratas de un modo

tan extraño, muger mia? dijo John con tono cariñoso; yo no te he dejado sino por cumplir mi deber; pero en todas mis penas te he sido fiel: ¡ah, Betty!

"Hay grande diferencia
Entre verse tentado,
Y caer, no oponiendo resistencia."

— "En cuanto á la tentacion que vos podeis inspirar, dijo Betty, yo desafio á satanás y á todos los diablos que la hagan nacer igual: vos sois sin duda uno de ellos bajo el aspecto de mi marido John Brown, que me abandonó, y me dejó expuesta á las picardías del primero que llegase: y así jamas creeré que es él quien veo. Cuando me casé con él tenia un exterior decente y agradable; pero yo me guardaré bien de recibir un estropeado, que ni aun tiene con

que cubrirse la espalda."

John se guardó su roto pañuelo de seda, y dijo: "yo no os pido que vengais á vivir con un estropeado; pero....

"No me echeis á la cara mi miseria,
No sea que me *corrompa* tal ejemplo,
Y os eche á vos en cara aquel cariño
Que por desgracia os tuve en algun
tiempo."

— "¡*Os corrompa*! ¿y es eso todo lo que habeis aprendido en vuestro Shakespeare? Yo estoy segura de que nadie puede llamar sano á un hombre que solo tiene una pierna. Yo hago poco caso de todos esos discursos que aprendeis en vuestros libros viejos." Y despues de haber lanzado Betty una mirada de indignacion á su esposo, le volvio la espalda.

"Sonten tu cólera, gritó John, y guárdate de hacer cosa que te pueda pesar." — "¡Pesarme! ¿y de qué? ¿será de que vos me abandonasteis?" — "Fue para cumplir un deber sagrado, Betty, ya os lo he dicho." — "¡Vos deber! ¿y cuál puede obligar á un esposo á abandonar su muger?"

Betty acompañó esta salida con una mirada significativa al Mayordomo, quien respondió con una sonrisa, lo cual no se le escapó á John. "¡Pobre muger!" dijo entre compasivo y enojado.

Como John levantaba mucho la voz, el Mayordomo le advirtió que bajase el tono. "En verdad, amigo mio, le dijo, cuando hablais con mugeres deberiais emplear expresiones mas moderadas." — "Yo no quiero agradarte con mis discursos," excla-

mó John encolerizado ; y al mismo tiempo empezó á menear su brazo y su pierna de palo. Betty sacudió su cabeza , y arqueó las cejas con ayre de desprecio ; pero no era seguro burlarse de John , y así vino á ella con los dos brazos levantados. "Mistress Brown , exclamó , si tomais algun interés por ese hombre gordo , mandadle que no se mezcle en mis negocios.

Betty , asustada , se refugió detrás del Mayordomo. "No os acerqueis, amigo mio," dijo éste á John. — "¿Y por qué no , amigo mio? Esta es mi muger , mi bien , mi única riqueza : ¿con qué derecho teneis la audacia de estorbarme que la vea?"

El Mayordomo no hubiera sido un antiguo criado de Lady Denningcourt , si en esta ocasion se hubiese olvidado de las conveniencias. Man-

dó de nuevo á John que bajase la voz, y salió del portal diciendo que nadie intentaba disputarle sus privilegios.

Betty, cuyo valor habia desaparecido apenas se vió privada de un tan poderoso apoyo, comenzó á tomar un tono sentimental. "¡Ay mi Dios! John Brown, ¿cómo podeis hablar de bienes y de riquezas? Yo no sé cuales bienes, ni riquezas poseeis; pero por mi parte no tengo sino mis vestidos, y jamas me desharé de ellos. En cuanto á la casa y sus trastos todo ha sido vendido por una friolera. El caballo estaba ético, los muebles apolillados, y ya sabeis que no teniamos otras propiedades."

John no pudo ver llorando su muger sin conmoverse: volvió á sacar su pañuelo roto, y dijo: "¡Oh, Betty, yo he perdido lo mejor que

tenia!"—"Demasiado cierto es, John, pues todos saben que las piernas son lo mejor del cuerpo." — "Cruel muger, tú no conoces que....

"Elogiar lo perdido demasiado,
Es hacer lo presente mas pesado."

—"¡Ah, John, replicó Betty, nadie mejor que yo sabe lo que es verse privada del uso de sus miembros. Yo estuve á pique de perder mis dos piernas de resultas de una cruel enfermedad que tuve cuando me abandonasteis. Dios sabe lo que yo sufrí.... y ahora que aguardaba casarme ventajosamente creyendo muerto y enterrado mi primer esposo, he aquí que sale del sepulcro cuando nadie se acordaba de él. Convenid, John, en que esto es muy doloroso." — "Sin duda, replicó John esforzándose á sonreir mientras que

las lágrimas andaban bullendo en sus ojos, hasta que al fin se abrieron paso cayendo sobre sus pálidas mejillas. "Pero, á Dios, Betty: este infeliz estropeado, esta figura macilenta y ajada por la desgrácia nõ te turbará con su presencia. Si alguna vez John Brown tuviese dinero ó amigos, tú no carecerás de nada.... Á Dios."... y el infeliz salió de la casa.

Rosa apoyada en una ventana, y algo distante de los dos esposos se habia esforzado en atender á sus querellas ínterin su corazon simpatizaba con el del pobre John. Ella esperaba que el silencio que siguió á las últimas palabras de éste era el anuncio de la reconciliacion, cuando los sollozos de Betty la obligaron á volver la cabeza.

"Nunca, nunca ha existido muger mas desgraciada, exclamó la es-



posa de John: ¡qué triste suerte tener un marido que vuelve sin una pierna á casa, cuando nadie se acordaba de él!" — "¿Dónde se fue," dijo Rosa mirando alderredor con sorpresa, y afligida de no verle. — "¡Ay Dios! Miss, ¿cómo quereis que lo sepa? pero ya lo veis: las penas que padezco no tienen fin. ¡Oh, cielos, cuán desgraciada soy! Jamas me atreveré á presentarme en el cuarto del Mayordomo." — "Mistress Brown, dijo Rosa con tono severo y descontento, vos seriais mas estimable si pensaseis menos en otro hombre, y un poco mas en esa pobre criatura, á quien acabais de despedir de un modo tan cruel." — "¡Quién yo! Miss, ¡yo le he despedido! ¿no corre él mas con una pierna, y tan veloz como si tuviera veinte? ¿Mi corazon no estaba enteramente en mis labios cuando



le hablaba? ¿no le he llamado á gritos? Pero ¡ay! ¡cómo suena la campanilla! Miss, vamos al desayuno.... ¡Dios mio! ¿qué habrá sucedido?"— "Deteneos, Betty, exclamó Rosa, la campanilla que suena es la del cuarto de Eleonora."

Betty marchó sin responderla, y Rosa despues de haber titubeado un momento si la seguiria, ó iria á la sala del desayuno, tomó el primer partido. Al llegar encontró á Betty á la puerta del cuarto de Eleonora, que gritó corriendo: "¡Ay pobre Eleonora, que está en uno de sus mas fuertes accesos! voy corriendo á llamar al Doctor." Apenas concluyó cuando Rosa vió salir á Dido, y detrás Eleonora que se precipitaba hácia ella.

"¡Querida, mi querida Eleonora!" exclamó Rosa.

Eleonora se extremeció, quedó inmovil, los ojos extraviados, las miradas inciertas como uno que quiere recordar alguna idea confusa, y despues dando un agudo grito la dijo estrechándola entre sus brazos: ¡Ah, Rosa, mi querida Rosa, ¿habeis vuelto?

La violencia de su acceso se apaciguó al mismo tiempo, y cuando el Doctor vino con Betty la encontró llorando apoyada la cabeza sobre el hombro de su amiga.

El Doctor, mirando esta crisis como un signo de convalecencia, se apresuró á llevar esta buena noticia al Duque, que en el exceso de su alegría fue á participársela á Lady Denningcourt, y en verdad que jamas ella habia necesitado tanto de que la consolasen.

Un amargo tormento martirizaba

el corazon de aquella muger virtuosa desde el instante que habia sabido que su primer esposo habia vuelto á Inglaterra, y sido sabedor de que ella habiendo formado nuevo enlace vivia dichosa en los brazos de otro, mientras que el enfermo, privado de todo consuelo, separado de una familia, á quien era tan querido, desterrado de la casa paterna, y de un país, cuya gloria hacia en otro tiempo, habia arrastrado su triste existencia en una oscura aldea, aborreciendo la vida, y sin duda maldiciendo el destino que le habia hecho conocer una infiel.

Los consuelos de la amistad eran ineficaces contra memorias tan crueles. En vano la recordaban su inocencia y la pureza de sus motivos: tenia siempre delante de sus ojos al desgraciado Wallacio, su amor, las

injurias que habia sufrido: su propio corazon la acusaba, y ella declaró que era para siempre desgraciada.

La era imposible expiar las ofensas que le habia hecho. Habia borrado su propia imagen en aquel corazon que la adoraba. En fin, era la causa de que el mas desgraciado de los hombres hubiese muerto el mas ultrajado.

Para que recobrase su valor, y hacerla gozar algun consuelo, era preciso reconciliarla primero consigo misma, y el Duque se dedicó á conseguirlo.

"¿Si vos no hubieseis sido, la dijo, esposa del Conde de Denningcourt, hubierais unido vuestra suerte á la del hombre que dió el golpe mortal al jóven Dungaron, gloria de nuestra familia?"—"¿Llamais á este

un consuelo, Duque?" dijo Lady Hopely que se hallaba presente. — "No podeis negar por lo menos, replicó el Duque, que es la justicia quien me arranca esta observacion." — "Si es la justicia, contextó suspirando Lady Denningcourt; es demasiado severa en imponer á un hombre tan jóven y tan amable un crímen á que fue obligado por la violencia de otra persona."—"No es así como yo lo entiendo, dijo el Duque, yo no hablo sino de la primera base de las conveniencias sociales; pero compadezco la víctima, y confieso que el castigo fue demasiado severo." — "¡Ah, tio! ¡demasiado severo! ¿cuál dolor, cuál resentimiento le habrá originado la causa de tantos males? ¿Habeis acaso reflexionado en ello?" — "He reflexionado que este desgraciado no ha muerto enteramente

para vos ; existe todavia una parte del mismo que el cielo ha conservado , y cuya existencia debe ser poderosa para apaciguar los remordimientos que solo puede producir vuestra excesiva sensibilidad. Pasad á vuestra hija el cariño que debiais tener á vuestro esposo , y reparad en ella la injuria que creeis haber hecho á su padre. Si no podeis cambiar los afectos de vuestro corazon , amadle en su hija : reconocedla á la faz del mundo , tal vez no podreis hacerla legitimar : pero el hombre de honor y sensible ¿acaso por esto respetará menos á vos y á ella , porque esta ha estado mucho tiempo privada de su madre?" — "¡Ay , que cruel idea, tio! ¿la sombra irritada de un padre no me acusa en este momento de que mi negligencia es la causa secreta de la desgracia de su hija?"—

"Apaciguar esos temores, reflexionando la sabiduría, justicia y bondad de la Providencia Divina, que dirige tódos los sucesos. Un padre arranca á una pobre mendíga de todos los horrores de la miseria en el mismo lugar en que su propia hija existia desconocida para él. Esta mendíga tiene despues la felicidad de hacer á la hija de su bienhechor un favor mucho mas precioso que la vida. ¡Ah, ved, Lady Denningcourt, continuó el Duque llevándola hácia la ventana, ved á vuestra hija, la hija del hombre á quien llorais! Ella ha estado en uña situacion peor que la muerte, y el cielo acaba de hacer en su favor un milagro. Habia perdido su razon, ya la ha recobrado; pero su madre es insensible á su felicidad, y dice que *es para siempre desgraciada.*" — "¡Ah, hija mia!

exclamó Lady Denningcourt: sí, ella está en los brazos de su amiga. Ella parece haber recobrado la razon. ¡Dios mio! recibe el homenage de mi viva gratitud. Pero tio, ¿es esa la pordioscrita? ¡Cuán feliz ha sido en ser amada de Wallacio Buhanum! Sin embargo, ¿cómo puede ser que tenga con él una semejanza tan perfecta?" — "Mirad á vuestra hija, exclamó Lady Hopely, ella se detiene, y levanta los ojos á miraros. ¡Querida criatura!.... ahora nos saluda. ¿Quereis bajar? yo estoy impaciente por salir á su encuentro."

El Duque pensó que sería mejor dejarla á solas con su amiga. Lady Denningcourt le besó la mano, y se apartó de la ventana, haciéndose violencia por no volar hácia Eleonora; pero no se atrevió á contradecir á su tio, cuya prudencia

en aquel instante debia hacer callar su sensibilidad.

Rosa, cierta de haber sido reconocida por su amiga, se paseó con ella dos horas largas en el parque, hasta que ella deseó volver á su cuarto.

"Vos vais á aborrecerme, Rosa;" dijo cuando entró en él. — "¡Yo aborreceros! ¡aborrecer á mi Eleonora! no: eso es imposible-" — "Temo no me aborrezcais cuando lo sepais todo, porque me aborrezco á mi propia, y no tengo ninguna amiga.... ¿Si hubierais estado aquí?.... pero en fin, ya habeis venido, y hareis gozar algun consuelo á mi corazon. Yo he estado muy mala: la desgracia se me presentaba como un mar inmenso, y no veía modo alguno para no sumergirme en él. ¡Ah, si quisiereis decirme una cosa! esto me causaria casi



tanto placer como el que tuve al veros." — "Hablad, querida amiga." — "Pues bien, decidme solamente, y no engañeis á vuestra Eleonora, ¿qué han hecho del pobre muchacho?"

Rosa respondió titubeando: "yo no quiero engañaros; pero seguramente lo ignoro."

Eleonora dió un grito, y dijo: "¡ha muerto! ellos le ataron á las ruedas del coche, ¡y le han muerto!" Entonces inclinó la cabeza, dejó caer sus brazos, sus ojos quedaron clavados en tierra, y el sello del dolor y la tristeza se extendió sobre todas sus facciones.

"Se ha visto cosa igual, exclamó Betty; ahora vuelve á caer en sus accesos."

El Doctor, para quien todas estas recaidas eran seguro síntoma de un próximo restablecimiento, hizo se-

ñas á Rosa de que la dejase sola : ella obedeció , y se retiró á su cuarto acompañada de Betty , quien con la mayor seriedad la aseguró que mientras estuviese en aquella casa jamas tendria lugar para completar su tocador antes de comer.

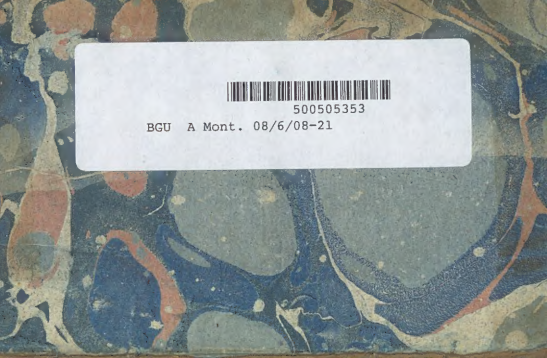
FIN DEL TOMO IX.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO VIII.




500505353
BGU A Mont. 08/6/08-21


OBRAS
DE
BENNET
13


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm